COMEDIA.

EL SITIO DE PULTOV

POR

CARLOS XII.

SEGUNDA PARTE.

ESCRITA POR DON GASPAR ZAVALA Y ZAMORA.





CON LICENCIA.

MADRID: AÑO DE 1804.

Se hallará en la Librería de la Viuda é Hijo de Quiroga, calle de las Carretas.

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA.

Cárlos XII, Rey de Suecia.
Macepa, Príncipe de la Ucrania, aliado de *Cárlos*, y amante de...
Isabela, esposa de...
Renchild, Generalísimo de *Cárlos*.
Levenop, Oficial General de los Suecos.
El Conde Piper, Ministro 1.º de *Cárlos*.
Collovins, Gobernador de Pultová, vasallo de...
Pedro el Grande, Czar de Moscovia.
El Príncipe Mencicof, General de los Moscovitas.
Fiedfel, Oficial del Czar, y confidente de *Macepa*.
Deiforf, criado de *Renchild*.
Un Aldeano.
Una Aldeana.
Un Viejo Moscovita.
Mugeres Moscovitas.
Soldados Moscovitas, Suecos y Cosakos.

COMEDIA.

EL SITIO DE PULTOVA.

ACTO PRIMERO.

Selva, con el sol en poco mas de su medio curso: á la última embocadura de la izquierda una portada grande con puertas naturales: desde el centro del teatro, línea recta, hasta las embocaduras de la derecha se verá un montecillo; el resto del teatro arboleda: Moscovitas con picos y azadones, como maniobrando en una mina que habrá en el monte.

Dent. voc. Pues nos estrecha el hambre,
mas querémos
rendirnos que morir.
Dent. Coll. Paciencia, amigos,
que víveres tendrémos.
Voc. No hay paciencia:
entréguese la Plaza al enemigo.
Abren las puertas, y salen en tropel Soldados Moscovitas huyendo de Pedro que les sigue espada en mano, y Collovins deteniéndole.
Ped. ¿Qué es entregar, bastardos Moscovitas?
Primero sereis todos desperdicio
de mi valor, cobardes. *Coll.* Señor....
Ped. Nadie
mi cólera reprima, si á estos filos
no pretende acabar.
Coll. Perdon merezca
su imprudencia, Señor.
Ped. Pese á mí mismo:
¿sois vosotros, villanos, los Soldados
que acostumbró mi corazon altivo
á sufrir contratiempos? ¿Los feroces
espíritus de Rusia que conmigo
resistiéron constantes los rigores
del duro Enero y abrasado Estío,
se rinden hoy porque á sus cuerpos viles
falta el regalo (tiemblo al repetirlo)
tres dias solos? ¿Dónde está, cobardes,
vuestra constancia? ¿El ánimo aguerrido
que hasta aquí toleró los contratiempos
y rigores del hado, qué se hizo?
¿Tres dias solos de hambre (¡qué ignominia!)
bastáron á postraros, á rendiros,
á dictaros infamia semejante?
¿Anteponeis así los duros grillos
á una muerte gloriosa? Huid, infames,
huid, débiles almas, de un recinto
donde tantos heroycos corazones
contra la adversidad de su destino
lidiando están; huid, que de teneros
á su lado se afrentan: no sois dignos
de estar con ellos, ni gozar la gloria
que les darán los venideros siglos:
marchad á ser esclavos: para nada
vuestras cobardes almas necesito;
pues yo con mis valientes Moscovitas
resistiré constante al enemigo
hasta morir con gloria: comerémos
las yeguas y caballos infinitos
que hay en la Plaza; inmundos animales
regalarán despues nuestro apetito;
y hasta los duros troncos y las piedras
vendrán á alimentarnos, si propicios
los Cielos no se muestran; sí, villanos;
y si aun faltasen (como ya se ha visto)
troncos, piedras é inmundos animales,
seremos pasto de nosotros mismos:
yo el primero seré que heroycamente
corte este brazo, y luego dividido
en pequeños pedazos me lo coma,
antes que sujetarme á mi enemigo:
y el que así no lo hiciere, infamemente,
vasallos, se le arroje de este sitio
donde la heroycidad tiene su asiento.
¿Pero quién ha de ser tan vil é indigno,
que estime mas ir á Suecia esclavo
que dar la vida, como buen patricio,
en defensa de Pultova? Ninguno,
ninguno lo será: vasallos mios
hasta aquí fuísteis todos: este exceso
vuestro mismo dolor le ha producido;

pues á no ser así, la infame lengua
que profirió tan bárbaro delito
en pedazos se viera convertida
primero que le hubiera proferido.
Coll. Es así, gran Señor; todos constantes
seguirán vuestro exemplo peregrino
muriendo por su Rey y por su patria.
Ped. Sí, amado Conde; sí, vasallos mios;
suframos contratiempos; toleremos
los rigores crueles del destino;
seamos superiores algun tiempo
á la misma desgracia: yo confio
que Mencicof no vuelva sin socorro
á nuestros ojos; y quando este alivio
se frustrase tambien, y Cárlos XII
no admitiese cobarde el desafio,
á que le llamo hoy, presentarémos
mañana la batalla al enemigo
desesperados, que si al fin lidiamos
para dar fin, venciendo, á los conflictos
que hoy nos cercan, ¿quién duda que saldremos
vencedores nosotros, y él vencido?
Dent. voc. Viva el libertador de nuestra patria.
Dent. Menc. Decid que viva el Czar, amigos mios.
Dent. voc. Viva el Czar.
Coll. Ya parece que ha llegado
Mencicof á la Plaza.
Ped. Así imagino.
Sale por las puertas Mencicof seguido de Moscovitas.
Menc. A vuestros pies, Señor:::-
Ped. Llega á mis brazos
en hora buena. ¿Dí, traes alivio
á mis pobres Soldados?
Menc. Su alborozo
pudo ya, gran Señor, haberlo dicho.
Junté en el Noriel las provisiones
que hallé en todos los pueblos á él vecinos,
las embarqué en el Vorskla, y ha dos dias
que en la ensenada estamos escondidos
aguardando un instante en que el contrario
no guardase las márgenes del rio;
logréle ahora; y á pesar del riesgo
entramos en la Plaza de improviso
los víveres; y quedan seis mil Rusos
en el mismo parage prevenidos
para subir el Vorsklá.
Ped. Solo este,
aprecio hoy, de todos tus servicios.
Ya, débiles, ya, flacos Moscovitas,
alentareis el desmayado brio;
ya no querreis rendiros. ¡Ah qué afrenta!
¡Quánto quisiera mas mi genio altivo
no haber tenido, ni tener vasallos,
que verles para siempre envilecidos
por su debilidad! ¿Para esta afrenta
fué vuestro Czar, qual pobre peregrino,
trepando montes, y surcando mares,
por seis años á climas infinitos
en busca de las artes y las ciencias
de la feliz Europa? ¿Es este el digno
premio que dais á aquel glorioso zelo
con que dexando mi dosel invicto
fuí pobre jornalero en los gloriosos
astilleros de Holanda? ¿Para oiros,
para veros cubiertos de esta infamia,
traxe á costa de afanes y peligros
á vuestras casas las manufacturas
y comercio extrangero? ¿hice florido
un Reyno despreciable? ¿os he enseñado
el arte de vencer al enemigo?
y en fin, logré que las naciones mismas
que os llamáron ayer con gran motivo
bárbaros y feroces, hoy os llenen
de lauros inmortales? ¡Oh qué impío
es el fruto que cogen mis gloriosos
afanes y trabajos! pues los dignos
elogios que he adquirido en tantos años,
venísteis á quitarme de improviso.
Id á saciar el hambre, viles pechos,
huid ya de mi vista, pues me irrito
de modo, al acordar vuestra flaqueza,
que si mas aguardais en este sitio,
me temo que en cenizas os conviertan
los ardientes volcanes que respiro.
En ademan de sacar la espada, y huyen los Soldados.
Menc. Señor:::-
Ped. Huid, huid, y en parte alguna
blasoneis de que sois vasallos mios.
Sale Fied. Ya, Señor, queda en todo executada
vuestra sentencia: en este instante mismo
muriéron enrodados los sequaces
del Príncipe Macepa. *Ped.* Sus delitos
castigué justamente: solo siento

que pudiera escapar del furor mio
su Príncipe traidor: admirarian
mi crueldad los venideros siglos
si cayera en mis manos.

Fied. Pronto aguardo *Aparte.*
que seas tú trofeo de mi brio. *Vase.*

Menc. La liga que con Cárlos ha formado
el vil Macepa puede producirnos
considerables daños, pues él solo
sabe por donde puede sin peligro
asaltarse la Plaza. *Ped.* Bien discurres:
pero por si la asaltan por el sitio
mas débil, que es aqueste, ya mi astucia
les está previniendo el precipicio
en esa mina, que con tanta prisa
ves que abren mis Soldados.

Menc. Yo imagino, (cirle
que á mas que á dar asalto ha de indu-
á estrechar mas y mas el duro sitio,
cortándonos el agua. *Ped.* Eso recelo.
¡Ah vil Cosako!

Sale Fied. En este instante mismo
acaba de entregar al centinela
un Oficial, Señor, del enemigo
este pliego sellado. *Ped.* La respuesta
será de los tratados que hoy le envio.

Lee. »Cárlos de Suecia admite el desafio,
»y aprueba los capítulos que V. M. I.
»inserta en su respuesta; y le espera
»al ponerse el sol en la vega que divi-
»de su campo de la Plaza: armas, es-
»pada y rodela; el cuerpo desnudo;
»vencedor, á vista de los dos exércitos
»desarmados, el que ántes hiera ó des-
»arme: Juez, por parte de Suecia, el
»Conde Piper; y Padrino, el Genera-
»lísimo Renchild, llamado el Parme-
»nion del Alexandro del Norte.

Repres. ¡Oh qué ventura! Príncipe, al
instante
harás que se disponga lo preciso
para este acto, en que depende toda
la libertad de Pultova y sus hijos.
A tí, Conde, te nombro por mi parte
Juez en el duelo: á Mencicof, Padrino:
y á tí, Fiedfel, del mando de las tropas,
como á Generalísimo interino,
el cargo dexo.

Los tres. A vuestros pies:::-

Ped. Mis brazos
os digan hoy el alborozo mio:
y así no os detengais, pues va llegando
la hora en que me espera mi enemigo.

Coll. Fied. Ya obedecemos.

Ped. Hoy, amados Rusos,
pende de mi valor vuestro destino.

Unense los tres Soldados.

Fied. Ya es ocasion, rencores, de que
demos,
si el Czar vence, á Macepa los auxîlios
que ofreció mi amistad: para esta noche,
segun con un espia me dió aviso,
vendrá á la mina del jardin; en ella
podrémos disponer el precipicio
de este monstruo, y con solamente un
golpe
dar fin de su tirano despotismo. *Vase.*

Tiendas de campaña, con una en la embocadura de la izquierda. Sale por la derecha Macepa con capa.

Mac. Todo está en silencio. La hora
en que el criado me dixo
que debia estar ausente
de la tienda mi enemigo,
es esta. Amor, favorece
esta vez mis desvarios.

Entrase en la tienda. Salen por la derecha Cárlos y Piper.

Pip. Veis, Señor, que mis consejos
eran buenos, si seguido
se hubieran? ¿Qué hemos de hacer
ahora que los auxîlios
de ese Príncipe Cosako,
en que fiados venimos,
nos faltan? Ahora nos vemos
separados del camino
de Moscou, faltos de tropas,
de víveres, de vestidos,
de pertrechos, en el centro
de un pais desconocido,
donde por horas aguardo
que nos cerque el enemigo
cauteloso, y que nos pase
tiranamente á cuchillo.
¿Os parece que es accion
digna de un Príncipe invicto
como Vos, sacrificar,
por seguir vuestro capricho,
un exército brillante,
por quien habeis adquirido

tantos triunfos? No, gran Cárlos;
Vos sois jóven, y regiros
no podeis por Vos, debeis
sujetaros á un Ministro
leal y experimentado
en todos vuestros designios:
pues para no hacerlo así,
¿para qué le habeis traido?
Un jóven sabrá lidiar
y vencer al enemigo;
¿pero mandar? he, Señor,
eso solo lo han sabido
los años y la experiencia
que tiene Piper consigo.
Finalmente, hablemos claros,
Señor: Vos me habeis traido
para que con mi prudencia
dirija por un camino
seguro vuestras acciones:
si en mostraros el peligro
he de cansarme yo, para
que Vos no querais huirlo,
perdonad, que desde ahora
renuncio cargo tan digno;
porque mas quiero privarme
del honor que trae consigo,
que no que la Europa diga,
si os vé en algun precipicio,
que Piper, vuestro Maestro,
á él os guió inadvertido.
Cárl. ¿Acabaste? *Pip.* Sí señor.
Cárl. Pues mira, ten entendido
que no me han de gobernar
á mí jamás los Ministros.
Pip. Pues escusais de tenerlos.
Cárl. Eso no: los necesito
para saber su dictámen,
Piper; pero ya sabido,
sino me parece bueno,
volveré á seguir el mio.
Pip. ¡Lindo fruto hemos sacado!
Cárl. Dime: ¿Renchild no ha traido
víveres hoy? *Pip.* Sí señor:
pero un prudente caudillo
no debe fiar jamás
de un débil y corto alivio,
que hoy por temor le franquea
un pueblo de su enemigo.
Cárl. No creas tú que él me falte
á lo que tiene ofrecido.
Pip. Pero si falta, Señor,
¿qué harémos? *Cárl.* Maestro mio,
entónces lo pensarémos.
Pip. Mal hecho; porque el conflicto
es menor quando se lleva
el remedio prevenido:
demás de esto, ¿no es error
que al contrario pongais sitio,
quando en verdad los sitiados
á ser nosotros venimos?
Cárl. Eres necio, Piper. Dime:
si el Czar hubiera sabido
nuestra afliccion, ¿no pudiera
habernos ya destruido? *Pip.* Sí señor.
Cárl. Pues porque nunca
pueda salir á inquirirlo,
en Pultova le he encerrado.
Pip. Ahora me habeis convencido.
Pero decid: ¿no es forzoso
que si aquí mas subsistimos
nos perdamos mas? ¿Sabeis
que es este un pais tan frio,
que cada dia amanecen
mil Soldados ateridos
en las trincheras? *Cárl.* Ahora
sé que hace en la Ucrania frio.
Pip. Bueno es eso, y ni los diablos
se atreven á resistirlo.
¿Sabeis que están los Soldados
desnudos? *Cárl.* ¿Y sus vestidos?
Pip. A balazos y estocadas
se les hizo el enemigo
giras. *Cárl.* ¡Bueno! Diles, pues,
que traigan siempre esos mismos,
é irán mas honrados, puesto
que aunque rotos son testigos
de su valor, y dirán
sus proezas: he aquí el mio,
Piper, él no está muy nuevo,
pero está diciendo á gritos
quien es Cárlos XII. *Pip.* Ya,
ya lo veo. *Cárl.* ¿Y nuestro amigo
Macepa? *Pip.* Despues de comer
le ví pasar por mi mismo
quartel algo presuroso;
y yo, Señor, imagino
que ha de darnos que sentir,
si atiendo á muchos indicios.
Cárl. Pues qué:::-
Pip. De Isabela creo

que enamorado:::- *Cárl.* Es delirio.
Pip. El tiempo nos lo dirá.
Vos (perdonad si lo digo)
hicísteis mal en traer
á nuestro campo el hechizo
de Isabela. *Cárl.* Su valor
Oficial Sueco la hizo
mas que muger de Renchild;
y como éste con servicios
repetidos, la memoria
borró en mí de sus delitos,
quise volverle á mi lado,
Piper, con que fué preciso,
que pues se buscó muger,
se la traxera consigo.
Pip. Es que, Señor, yo me acuerdo
que en Moscou andar nos hizo:::-
Cárl. Piper, hombre fuí una vez,
porque así el diablo lo quiso;
yo haré por ser Cárlos XII
mientras viva. *Pip.* Bien, Rey mio,
que no es fácil cada dia
el vencerse uno á sí mismo.
Sale Renc. Señor, en aqueste instante
me ha dado un espía aviso
de que para introducir
en la Plaza un excesivo
refuerzo de tropas Rusas
aguarda nuestro enemigo
ocasion. *Cárl.* Pues dásela,
retirando al punto mismo
todos los Suecos que hubiere
á las márgenes del rio.
Los dos. ¡Qué decis!
Cárl. ¿Son tropas solo
lo que han de entrar? *Renc.* Así dixo.
Cárl. Pues ve á hacer lo que te mando;
y desde hoy tened sabido
que no hay medio mas seguro
de rendir á un enemigo
sitiado, y con escasez
de provisiones consigo,
que darle tropas, pues éstas
comen, y no dan alivio.
Pip. De cada vez sus ardides *Ap.*
me tienen mas confundido.
Renc. Obedezco. *Cárl.* Espera. Piper,
lee á Renchild este escrito.
Lee Pip. »Pedro Alexîowit, á quien la
»fama llama grande por sus hechos, Em-
»perador de Rusia, á Cárlos de Suecia
»su enemigo llama á una lid particular,
»de la qual pende hoy la suerte de Pul-
»tova: si la admitiese, elegirá armas,
»sitio y hora, y comisionará una per-
»sona que venga á tratar las ventajas
»del vencedor."
Cárl. Y bien, ¿qué os parece?
Pip. A mí,
Señor, que este es un arbitrio
dictado por la estrechez
en que están.
Renc. Y á mí lo mismo;
pues sabiendo que es forzoso
que el hambre venga á rendirlos,
se valen hoy de este medio,
porque si queda vencido
el Czar, nada pierden mas
que lo que tienen perdido;
y si vencen, logran hoy
el salir de su conflicto.
Cárl. ¿Con que no sois de dictámen,
que admita yo el desafio?
Los dos. No señor.
Cárl. ¿No? Pues sabed
que ya le tengo admitido.
Pip. Siempre vos pedís dictámen
quando no podeis seguirlo.
Cárl. Ven Piper, que mas seguro
está en mi valor el sitio.
Pip. Vamos; pero no digais
que este fué consejo mio.
Cárl. Renchild ve á lo que te dixe,
y vuelve á ser mi padrino. *Unense.*
Renc. Mejor, gran Señor, quisiera
ser uno en el desafio. *Vase á la tienda.*
Aposento corto, con puerta á la izquierda: sale por ésta Isabela en trage de Oficial Sueco con un puñal ensangrentado en la mano, cerrando la puerta.
Dent. Mac. ¡Ay de mí!
Isab. De esta manera
se defiende el honor mio
de un infame.
Camina presurosa hácia la derecha. Sale Renchild, y ella se turba.
Renc. Espera. *Isab.* ¡Ay triste!
Renc. Isabela:::- ¡Mas qué miro!
¿Dónde vas? Aguarda. ¡Cielos!
¡tú turbada, sin aliño,

pre-

presurosa, y en tu mano,
de fresca sangre teñido,
ese puñal! ¿Dí, qué es esto?

Isab. Un poderoso testigo
de una traicion.

Renc. ¿Cómo? dime:::-
pero no, bastante has dicho
para que yo temer pueda
que mi honor:::-

Isab. ¡Qué ha proferido
tu lengua, infame! tan presto
pudiste dar al olvido
quién es Isabela! ¿Sabes
el heroyco despotismo
con que venció mi arrogancia
tiempos ha el alcon altivo
de Suecia, porque ciego
remontar el vuelo quiso
al sol de mi honor? ¿Pues cómo
á dudar te has atrevido,
que si á ofenderme baxára
desde su sagrado olimpo
el mismo sol, volveria
castigado aun el sol mismo?
Vivo yo, que si otra lengua
que la tuya, proferido
hubiera en mi oprobio voz
tan vil, eco tan indigno,
á tan menudos pedazos
la hubiera ya reducido,
que:::- Mas vé, y en esa estancia
hallarás un buen testigo
de mi valor; pero luego
que uno y otro hubieres visto,
repara en ese puñal
quien yo soy, y quien tú has sido.

Vase arrojando el puñal.

Renc. Aguarda, oye::- ¡Pero cómo
tardan los furores mios
en ir á beber de un golpe
todo este veneno activo!
No dixo que en esta estancia::-

Llaman por dentro á la puerta.

Pero sospechas, ¡qué he oido!
¿No llamáron á su puerta?
Sí. ¡Con qué temor respiro!
Honor, tú tan solamente
hacer cobarde has podido
mi valor. ¿Pero qué mucho?
¡si por debil enemigo
que sea el que aquí se encuentra
en el corazon me ha herido!
Pero esto ha de ser.

Abre la puerta, y viéndole Macepa procura encubrirse con la capa.

Mac. Injusta:::-

Renc. ¡Valedme, Cielos divinos!

Mac. Renchild es. De mármol soy.

Renc. Honor, grande es tu enemigo
para que quedes seguro,
como yo le dexe vivo.

Mac. ¿Qué pensará? *Ap.*

Renc. Esto es fuerza.
Hombre ó monstruo (que no es digno
del soberano dictado
de Príncipe, quien impío
no sabe serlo en sus obras)
¿qué venísteis atrevido
á buscar en una estancia,
que es el apreciable archivo
de mi honor? ¿qué fin os traxo?
¿Pero qué dudo? Si he dicho
que esta es solo habitacion
de mi honor, y en ella os miro,
claro está que solamente
á hurtármele habreis venido.
Pues vivo yo, que olvidando
que sois de mi Rey amigo
y aliado, os han de hacer
mas pedazos estos filos,
que vos me hicísteis agravios.

Mac. Solo á defenderme aspiro.

Se le cae la capa.

Renc. Herido estais.

Le ve herido y se suspende.

Mac. Nada importa.

Renc. Si fuera vuestro enemigo
de menos hidalga sangre
que la mia, hubierais dicho
muy bien; pero Renchild nunca
mató con tan conocido
ultraje de su valor; *Envayna.*
ántes, porque confundiros
podais, al ver quanto distan
vuestros hechos de los mios,
esperad. *Vase.*

Mac. Su heroyca accion
merece que dé al olvido
mi loco amor; ¿pero cómo
será fácil conseguirlo,

mien-

mientras Isabela tenga
en sus ojos tal hechizo?
Sale Renc. Esta venda ataxará
por pronto y único arbitrio *Se la ata.*
la sangre. Admírese el mundo
de ver que así un ofendido
cierre á su ofensor la herida
que una débil mano le hizo.
¡Oh pese á mí, y pese á ella,
que una vez que tuvo brio
para defenderse hiriendo,
no vengó su honor y el mio
matando! *Mac.* ¡Absorto me tiene
quanto escucho y quanto miro!
Renc. Ya está segura. Tomad
ahora el tiempo preciso
que gusteis para curaros;
que yo os prometo y afirmo
no acordarme de que sois
entre tanto mi enemigo;
pero advertid, que quien hoy
siendo de vos ofendido,
procede tan generoso,
tan heroyco, noble y fino,
sabrá mataros mañana
si no estuviereis herido.
Venid. *Mac.* Espera, que yo::-
(Un buen medio me ha ocurrido
para disfrazar mi culpa)
á vista de este heroismo
descubrir quiero á tu honor
quién es aquí su enemigo.
Renc. ¿Luego no sois vos?
Mac. No. *Renc.* ¿Pues
quién es? acabad, decidlo.
Mac. ¿Me ofreces guardar secreto?
Renc. Lo juro, y sabré cumplirlo.
Mac. Pues es::- *Renc.* ¿Quién?
Mac. El Rey. *Renc.* Callad,
no me obligueis á deciros
que mentís: en él no cabe
tan exêcrable delito:
no es capaz su corazon
de un hecho torpe é indigno
de un héroe, que si lo fuera
y osara, como habeis dicho,
á manchar mi honor, rabioso,
loco, ciego, enfurecido,
hiciera á mi mismo Rey
mas pedazos, que::- ¡Qué digo!
La cólera de mi honor
me ha enagenado. Conmigo
venid, Príncipe, y jamás
vuelva vuestro labio iniquo
á ofender al Rey, pues sé
que no volveré á sufrirlo. *Vase.*
Mac. Mal ha salido este ardid:
pero, pasion, yo confio
que sea presto Isabela
víctima de mi apetito. *Vase.*

Tiendas de campaña. Sale Isabel a por la derecha.

Isab. Alma, ¡con qué sobresalto
estoy! ¡Qué habrá sucedido
con Macepa! ¿Si Renchild
le daria vengativo
la muerte? ¿Si me creeria
cómplice á mí en el delito?
No sosiego un punto. Pero,
si no me engaño, á este sitio
sale Renchild. A este lado,
mientras pasa, me retiro.

Salen por la tienda Macepa y Renchild, y se saludan mutuamente.

Mac. ¡Ay, Isabela! Ni un punto *Ap.*
tus crueldades olvido. *Vase.*
Isab. ¡Qué es lo que veo, pesares!
¡Macepa se va tranquilo,
y Renchild tan cortesano
le saluda! *Renc.* Allí, delirios,
está la hermosa ocasion
de mis zelos. *Isab.* Enemigo
el mas cruel de mi fama,
¿eres tú aquel que los siglos
aplauden por su valor?
¿tú eres aquel que atrevido
y honrado, por no mirar
manchado su explendor limpio,
poner en mi mano supo
un acero, y un activo
veneno, porque á sus iras
rindiese el aliento mio?
¿Tú eres Renchild? ¿Tú mi esposo?
Miente quien á presumirlo
se atreviese. ¿Para verte
tan infamemente tibio
en la venganza, creiste
tu pundonor ofendido?
¿Para despedirle aquí
tan cobardemente fino

y cortesano, te dió
mi debil mano teñido
aquel puñal, con la sangre
infame de tu enemigo?
¿para dexarle con vida
excitó mi heróyco brio
tu furor? He, me avergüenzo
de pensarlo. Eres indigno
de ser mi esposo; y pues veo
quan vanamente confio
de tu brazo mi venganza,
quedate; no necesito
para nada de él; pues yo,
á pesar del sexô mio,
sabré arrancar á pedazos
el corazon atrevido
que intentó ofenderme; porque
vean los futuros siglos,
que si en tí faltó el valor
para vengar tu honor mismo,
me sobró á mí para hacerlo
amor, osadía y brio.

Renc. Calla, Isabela, no ultrages
mi nobleza con tan vivos
oprobios. Tú eres la causa
de que esté yo tan remiso
en la venganza. *Isab.* ¿Yo?
Renc. Sí. *Isab.* ¿De qué manera?
Renc. Inquirirlo
no pretendas. *Isab.* Esos son,
Renchild, pretextos fingidos.
Renc. Eso es ser tú hermosa, y yo
desgraciado. *Isab.* ¿Tú ofendido
no estás? *Renc.* Sí.
Isab. ¿Mi misma voz
quien es tu ofensor no dixo?
Renc. Verdad es. *Isab.* ¿Yo no te puse
delante de tu enemigo?
Renc. No lo niego.
Isab. ¿Pues quién pudo
estorvar que vengativo
le dieras muerte? *Renc.* Mi honor.
Isab. ¿Cómo ser eso ha podido,
si en dársela consistia
cobrar tú el honor perdido?
Renc. Eso no puedo decirte,
Isabela; mas te afirmo,
que nunca fuí mas honrado,
que hoy, que agraviado me has visto.
Isab. Eso es querer con enigmas
disfrazar para conmigo
tu cobardía; y así,
porque sea tu martirio
mas acerbo, sabrá el Rey::-

Salen Cárlos y Macepa, éste se sobresalta, Isabela se turba, y Renchild se suspende.

Cárl. ¿Qué sabrá? *Isab.* ¡Ay de mí!
Renc. ¡Qué miro! *Isab.* El Rey es.
Cárl. Y bien, Madama,
¿qué he de saber?
Mac. Soy perdido, *Ap.*
si Isabela dice al Rey
mi osadia. *Isab.* No imagino *Ap.*
qué decirle.
Renc. Estoy temiendo *Ap.*
que diga al Rey lo que ha habido.
Cárl. ¿No decís? *Isab.* Señor, yo::-
Cárl. Ya,
Madama, no quiero oirlo. (dirle
Dent. Villan. He de hablarle, y aun pe-
justicia contra un impío.
Cárl. ¿Qué es esto?

Salen Piper y un Villano.

Villan. Señor, que acaba
de robarme ahora atrevido
un Soldado de los vuestros
tres gallinas que he traido
á vender. *Cárl.* ¿Y adónde queda?
Villan. En ese Quartel vecino
le dexo. *Cárl.* Parte, Renchild,
y condúcele á este sitio. *Vase Renc.*
No te aflijas, labrador,
que siendo cierto el delito,
yo te haré justicia. *Habla ap. con Pip.*
Mac. Ingrata; *Al oido á Isab.*
tú verás que mis delirios
vencen tu rigor. *Isab.* Primero
os hará mi noble brio
pedazos. *Cárl.* ¿Qué es eso?
Isab. y Mac. Nada.
Cárl. Por Dios, que lo que me dixo *Ap.*
Piper va saliendo cierto.
Macepa, ¿no ha prohibido
el Czar que amen sus Soldados?
Mac. No señor. *Cárl.* Pues yo castigo
con el rigor mas severo
el amor entre los mios.
Porque vos no delincais
por ignorancia, os lo aviso.

Salen Renchild y un Soldado.
Renc. Aqui está el Soldado.
Carl. ¿Es éste? *Sold.* 1.º Temo su rigor.
Villan. El mismo.
Carl. ¿Has robado á este villano
tres gallinas?
Sold. 1.º Yo, sí::- *Cárl.* Dilo.
Sold. 1.º Sí señor; pero::-
Carl. No mas.
Toma tú el precio debido *Dale dinero.*
de ellas.
Villan. Los Cielos os paguen
la piedad que habeis conmigo. *Vase.*
Carl. Tú, Renchild, á ese Soldado
haz que le den al proviso::-
Sold. 1.º Temiéndole estoy.
Carl. Cien palos. *Sold.* 1.º Piedad.
Carl. Harta uso contigo;
pues siendo tuya la culpa,
en los dos he repartido
la pena; y así, pues yo
(como aquí tú propio has visto)
he pagado las gallinas,
ve tú á pagar el delito.
Mac. Señor, por ser la primera
merced que llego á pediros,
quede perdonado ahora.
Carl. Dexa que le den, amigo,
los cien palos esta vez,
que tú quedarás servido,
y él perdonado, si vuelve
á cometer el delito. *Mac.* Señor::-
Carl. Cárlos no revoca
jamás lo que una vez dixo.
Sold. 1.º Venganza pido á los Cielos
de esta impiedad; pues vos mismo
quitásteis á Augusto un Reyno,
y os veis por ello aplaudido
del mundo; y yo por tres aves
que quité á morir camino.
Carl. Quando te dieren los palos,
podrás no dar al olvido,
que si yo he quitado á Augusto
un Reyno, como tú has dicho,
nada quité para mí.
Vase el Soldado con Renchild.
Pip. Ya es el rigor excesivo,
Señor. *Cárl.* Sí, pues otra vez
mandaré quemarle vivo.
Mac. No oí jamás tal rigor.
Carl. Y bien, tampoco habreis visto,
si he de hablar con claridad,
mas Soldados que los mios,
que á despojar no se atrevan,
sin mi órden, á su enemigo,
aun ganada la victoria.
Mac. Cierto es.
Carl. Pues ten entendido,
que solo aqueste rigor
ha podido conseguirlo.
Venid, Madama, tomad. *La da un puñal.*
Isab. Señor:::-
Carl. Tomadle, y sus filos,
el tiempo que yo no pueda,
os guardarán de atrevidos.
Isab. Si sabrá algo el Rey, ¡pesares!
Carl. ¿Qué no venís?
Pip. y *Mac.* Ya os seguimos. *Vanse.*
Mac. Tirana pasion, si puedes
disimula tu martirio.

Monte al foro, que dividirá el rio Vorskla, que nacerá en el centro de la derecha, y seguirá su curso descendiendo del monte, y yendo á morir á la primera embocadura de la izquierda; en la mitad del monte, puente de tablas; al pie del monte, á cada lado una silla, y una mesa con espadas y rodelas: á las primeras embocaduras una tienda de campaña, en la derecha un centinela Sueco, y en la izquierda un Moscovita; lo restante del teatro selva. Al son de marcha de instrumentos de boca salen por el pedazo del monte de la derecha Piper, con sombrero, espada y baston; Isabela de Oficial Sueco, con espada en mano, Acheros, Fusileros, Vanderas, y el resto de Suecos y Cosakos, y el último Macepa, con uniforme Ruso, y divisa Sueca: por la cima de la izquierda va baxando Collovins y el exército Moscovita, con el mismo órden que el Sueco; éste baxará por el pie del monte, y aquel pasará por el puente, colocándose cada uno á su lado en fila; Isabela y Macepa quedarán en los extremos de su fila, y Fiedsel en el de la suya; Piper ocupará la silla de la derecha, y Collovins la de la izquierda.

Pip. Mucho temo que esta lid

nos traiga un fin bien funesto. *Ap.*

Isab. ¡Oh si hallase aquí ocasion
de descubrir con secreto
mi intencion al Czar! *Ap.*

Mac. ¡Oh quanto
hablar á Fiedfel deseo! *Ap.*

A la marcha de timbales y clarines salen por la tienda de la derecha algunos criados, trayendo en vandejas un ramo de oliva, sombrero y espada: Renchild y Cárlos con insignias Reales; por la izquierda criados, conduciendo en otras vandejas unas llaves, espada y sombrero, Mencicof y Pedro con insignias Imperiales. Mencicof y Renchild hacen una reverencia á Piper y Collovins, que se levantan.

Renc. Ya por mi parte en el campo,
como Rey, ántes del duelo,
se presenta el invencible
Cárlos XII.

Coll. ¡Qué soberbio! *Ap.*

Menc. Por la mia se presenta,
como Emperador Supremo,
de Rusia, ántes de la lid,
Pedro el Grande.

Coll. y Pip. A ambos el Cielo
prospere. *Renc. y Menc.* Así sea.

Pip. Ahora
el carácter Real depuesto,
y quitadas las insignias,
á prestar el juramento
les conducid.

Renchlid y Mencicof quitan las vestiduras á Carlos y Pedro, y las ponen en vandejas, y presentan á las mesas, sentándose Piper y Collovins, y cubriéndose.

Macep. ¡Con qué susto
respiro! *Fied.* A Macepa veo *Ap.*
temeroso de que el Czar
salga triunfante del duelo. *Ap.*

Renchild y Mencicof conducen de la mano á Carlos y Pedro á sus respectivas mesas, y se levantan Piper y Collovins.

Pip. Los pactos ó condiciones
que ofrece mi Rey son estos.

Lee. *Que si saliese vencido en este duelo por su contrario::-*

Carl. Que no espero. *Ap.*

Lee Pip. *Levantará al instante el sitio de Pultova, concederá seis meses de treguas, y retirará su exército en este tiempo de la Ucrania y todos los dominios del Czar.*

Coll. Y el mio.

Lee. *Que si saliese vencido quedarán Pultova y su fuerte por el vencedor: que su guarnicion se retirará desarmada á otra Plaza del Imperio: que concederá los seis meses de treguas, y que en ellos apartará sus armas de todos los dominios que correspondan á Suecia, y no dará favor á Augusto, durante las treguas, contra Carlos.*

Pip. Hagan ambos juramento
sobre su misma diadema,
que quantos pactos oyéron
observarán puntualmente,
y harán observar á aquellos
que quisieren quebrantarlos.

La rodilla hincada, poniendo las manos sobre las diademas.

Los dos. Sí juramos.

Pip. y Coll. Pues los Cielos
destruyan al que atrevido
faltáre á su ofrecimiento.

Los dos. Amen.

Pip. Será vencedor
aquel que hiera primero,
ó desarme á su enemigo.

Carl. Pues ya, en prueba de que aun
vencedor, por los seis meses (siendo
capitulados, concedo
la paz á los Moscovitas,
la verde oliva os presento.

Lleva la vandeja con el ramo á la mesa de Collovins.

Pedr. Y yo, en señal de que cumplo
lo que ofrecí, por si el Cielo
quiere, que vencido quede,
estas llaves os entrego
de Pultova y su castillo.

Lleva á la mesa de Piper una vandeja con llaves.

Isab. Ya los estandartes regios
de Suecia::- *Fied.* Ya las vanderas
de Moscovia::- *Los dos.* Son trofeo
del vencedor.

Co-

Cogiéron ambos sus respectivas vanderas, hacen la salva guardia á los Jueces, y las arrojan.

Carl. Vive Dios,
que ya pudiera haber muerto
diez Czares, desde que andamos
con aquestos cumplimientos.

Mac. y Fiedf. Soldados, dexad las armas.

Dexan ambos exércitos las armas en el suelo, y se retiran algunos pasos, sin deshacer las filas: Isabela, Macepa y Fiedfeld embaynan: Renchild y Mencicof se ponen los sombreros, cogen de las mesas espada y rodela, las pasan por la boca, las miden, y se las dan á Carlos y Pedro, mostrándoles estos los pechos desnudos; hecho lo qual Renchild y Mencicof toman sus espadas.

Pedr. Valor mio, este es el tiempo
en que eternizada dexes
la memoria de tus hechos.

Pip. Hagan del clarin sonoro
seña de embestir los ecos,
y ampare el Cielo la vida
del mas justo y mas guerrero.

Tocan clarin y lidian.

Carl. Jamas creí que en Moscovia
hubiera brazos tan diestros.

Pedr. Ni yo pensé que cupiera
en tí solo tanto esfuerzo.

Pip. Vive Dios, que son los dos
de una destreza y aliento.

Macep. Pendiente de la fortuna
de Carlos, mi vida tengo.

Carl. ¡Pese á mí, que tanto dures!

Pedr. ¡Que resistas tanto tiempo!

Carl. Pedro herido::-

Pedr. Desarmado::-

Los dos. Pretendo::-

Carlos herido en una mano, con una rodilla en tierra, y el Czar desarmado; quiere este coger la espada, Carlos sin levantarse va á herirle, Mencicof pone la punta de la espada al pecho de Carlos, Renchild al de Pedro, y los Jueces se levantan.

Mencic. y Rench. Esperad.

Coll. y Pip. Teneos.

Pip. Que el uno herido::-

Coll. Y el otro desarmado::-

Los dos. No contemplo
que es el vencedor ninguno.

Carl. y Pedr. Pues empecemos de nuevo.

Pip. Eso no, la vanagloria
teneis, ilustres guerreros,
de haber en esta ocasion
medido vuestros esfuerzos,
retírense los dos campos;
y rompiendo los conciertos *Los rasga.*
jurados, segunda vez
se declare á sangre y fuego
la guerra, y ambos litiguen
con las armas sus derechos.

Los dos. Advertid::-

Pip. No hay que advertir:
yo lo mando, ya que puedo
en este acto; y el que ahora
rehuse el obedecerlo,
como Soldado (pues hoy
no goza mas privilegio)
será castigado. *Carl.* Piper
me la jugó de maestro.

Isab. Suecos. *Fied.* Rusos.

Los dos. A las armas.

Isabela, Fiedfeld y Macepa sacan las espadas, los Exércitos vuelven á tomar las armas, y se van con la marcha y mismo órden que saliéron. Renchild y Mencicof en tanto recogen las espadas y rodelas; y dan á Carlos y Pedro sus espadas y sombreros. La tropa hace alto en las cimas de los montes.

Rench. Señor, la espada. *A Carlos.*

Macep. El sombrero. *A Pedro.*

Carl. Ya no mas duelos, Renchild.

Rench. ¿Por qué?

Carl. Porque es perder tiempo
en ceremonias, y al cabo
no hacer nada de provecho.

Pedr. Ya, altivo Carlos, á ser
sangriento enemigo vuelvo
de tus armas; y así el ramo *Se le arroja.*
de la paz con menosprecio
te vuelvo, para que veas
que mi corazon soberbio
no há de volver á admitirle
aunque me le des tú mesmo.

Carl. No lo esperes, Moscovita,
pues hasta quitarte el Reyno,

co-

como á Augusto, seré siempre
tu enemigo verdadero.
Ahí te devuelvo esas llaves *Se las*
de Pultova; mas te advierto *arroja.*
que ahora, Pedro, te las doy
para quitártelas luego.

Pedr. Trabajo te ha de costar
el lograrlo, si mi acero
las guarda.

Carl. Pues porque veas
que mas tardo en emprenderlo,
que en conseguirlo::-

Pedr. Pues solo
porque halles hoy tu escarmiento
en mi valor::-

Carl. Suecos mios
al arma. *Pedr.* Al arma, guerreros
Moscovitas. *Carl.* Y al impulso
de nuestro brazo::-

Pedr. Al esfuerzo
de nuestras cuchillas::-

Los dos. Lloren
su ruina y escarmiento.

A la voz al arma baxan precipitados los exércitos, sacan las espadas Carlos y Pedro, y se encamina cada uno á su exército.

ACTO SEGUNDO.

Noche obscura. La misma decoracion con que acabó el primer acto, quitadas las mesas, el puente y las tiendas. Sale Macepa con capa.

Macep. La hora en que debe Fiedfel
esperar, segun le tengo
avisado, es esta. Amor,
¡qué de sustos, qué de riesgos
no atropellas por lograr
qualquier injusto deseo!
Entre estos sauces está
la boca, si bien me acuerdo,
de la mina: hácia ella voy
presuroso::: Pero Cielos,

Camina hacia la margen del rio, y por entre los sauces sale Fiedfel con capa.

de ella sale, ó yo deliro,
un hombre.

Fied. Por si es que el tiempo
le hizo olvidar donde cae
la mina::- ¡Pero qué veo!
Un vulto hácia allí diviso.
¿Si será él?

Macep. Yo resuelvo
ver quién es.

Fied. Aquí se acerca:
por si importa, me prevengo. *Saca una pistola.*

Macep. ¿Quién va?

Fied. ¿Es Macepa?

Macep. Sí, Fiedfel.

Fied. Pues dí, y no perdamos tiempo:
¿qué me quieres?

Mac. Fiarte hoy
de mis ansias el remedio.
Ya sabes que hice con Carlos
alianza, con intento
de vengar quantas injurias
vuestro Czar me habia hecho.

Fied. Sí sé.

Macep. Sabes que ha diez dias
(¡qué rabia!) que descubriendo
mi intencion el Czar, astuto
me sorprendió en el momento,
destruyó todas mis tropas,
y me quitó los pertrechos,
con que venía á asistir
á Carlos.

Fied. Sí sé, y hoy mesmo
hizo morir enrodados
quantos traxo prisioneros
de tus sequaces.

Macep. ¡Ah injusto!
Pues sabe que al campo Sueco
llegué apenas derrotado,
quando mi alma fué trofeo
de una hermosura. Pararme
á pintártela no quiero,
pues has de verla; mas sabe
que estoy adorando ciego
sus ojos, y que hasta aquí
no logré mas que desprecios.
Esta noche, pues, si tú
me favoreces, intento::-

Fied. ¿Qué?

Macep. Robarla de su tienda;
y que en el obscuro centro
de la mina, á la custodia
de algun confidente nuestro

la tengas, mientras que yo
lo que debo hacer resuelvo.
Fied. Pero no miras::-
Macep. No, Fiedfel,
pues me tiene mi amor ciego.
Su esposo (callar quien es, *Ap.*
por no acobardarle, quiero)
sé que de faccion se halla
esta noche. Tambien tengo
de parte mia un criado;
con que discurre si hay riesgo
en emprender esta accion.
Fied. Macepa, pues ya resuelto
á servirte vine, guia,
que perder la vida ofrezco
á tu lado. *Macep.* Nunca, Fiedfel,
esperaba de tí menos;
pero aguarda, que en el campo
parece que ruido siento.
Espera aquí mientras voy *Vase por*
á reconocer si es cierto. *la derecha.*
Salen Carlos y Renchild con capas.
Fied. Está bien. Ay amistad,
como los peligros::- pero,
si no me engaño, dos hombres
se dirigen á este puesto.
Porque no se pierda todo
si me conocen, pretendo
esperar entre estas matas
á que partan. *Vase.*
Carl. Vete presto,
que si el agua conseguimos
quitarles con este medio,
será fuerza que se entreguen
al instante. *Rench.* Ya obedezco.
Volveré á celar mi honor, *Ap.*
corazon, que es lo primero. *Vase.*
Carl. Pues va á servirme, es muy justo
tambien que vaya yo mesmo
á guardar su fama.
Sale Macep. Fiedfeld
nadie hay que de impedimento
nos sirva: sigue mis pasos,
no la ocasion malogremos. *Vase.*
Carl. Macepa es, que me ha tenido
por otro, y::- pero apuremos,
pues lo dispone la suerte,
de este modo sus intentos. *Vase.*
Aposento. Sale Isabela con una luz.
Isab. Pues Renchild, segun oí,
está de faccion, recelos
aseguremos las puertas,
si es que algun instante al sueño
he de entregarme, que al fin *Cierra.*
honor y enemigos tengo.
En vano el Rey misterioso
pretende que en este acero
cifre la seguridad
de mi fama, pues espero
dexarla yo mas segura, *Vase con*
si consigo lo que intento. *la luz.*
Sale Deif. ¡Ay interes! ¿de qué puerta
no fuiste tú en todo tiempo
llave maestra? Ya mi ama
ésta ha cerrado, y al lecho
camina; y pues yo he ofrecido
á este Príncipe extrangero
tenerla abierta, así cumplo *Abre.*
puntual con mi ofrecimiento:
y me retiro á mi quarto,
porque en todo caso, puesto
que hay mas criados, no puedan
presumir que yo la he abierto.
Salen Carlos y Macepa.
Macep. Cumplió el criado la oferta,
Fiedfel, entra y pisa quedo.
Carl. No sé como no le mato, *Ap.*
quando tan traidor le veo.
Macep. Aquí aguarda, que pues yo
sé donde cae su aposento,
entraré, y tapándola
el rostro con este lienzo,
porque voces no dé, aquí
la traeré: tú al momento
la lleva donde te he dicho,
pues entregados al sueño
están, y no hay centinela
de aquí á la mina. *Vase.*
Carl. ¡Ah perverso!
¡Robar á Isabela intenta,
sin mirar que tiene dueño
su hermosura! Vive Dios,
que he de frustrar sus deseos.
Sale Rench. ¡La puerta abierta tan tarde,
y sin luz este aposento!
todo me altera. Ya Gullens
á obedecer los preceptos
del Rey fué por mí: y yo (¡ay triste!)
á ser centinela vuelvo
de mi honor; que no es cordura

des-

descuidarse de él sabiendo
quán débil es el honor,
y el enemigo que tengo.
Carl. Pasos á esta parte escucho,
si no me engaño.
Rench. Recelos,
¿si se habrá acostado ya
mi esposa? Voy á saberlo
de algun criado por no
entrar en el aposento
con luz, y si es que ya duerme,
interrumpirla ahora el sueño. *Vase.*
Carl. ¡Qué ageno estará Renchild
de lo que pasa en el centro
de su casa con su honor!
¡Ah vil Cosako! ¡en el tiempo
que en tu provecho y el mio
se hallará su noble esfuerzo
lidiando con mil peligros,
estás tú intentando ciego
pagarle este beneficio
con el crimen mas horrendo!
Dentro Isab. ¡Ay de mí!
Dentro Rench. Ola, criados.
Sale Macepa con Isabela.
Macep. Grave mal, que son los ecos
de Renchild. Fiedfeld, aprisa
camina con ella al centro
de la mina, mientras yo
me voy á evitar el riesgo
de que te sigan, y á hacer
la deshecha. *Vase dexandole á Isab.*
Carl. ¡Vive el Cielo,
que no sé que hacer!
Isab. Favor.
Dentro Rench. Isabela es: venid presto.
Salen por la puerta Piper, Macepa, y Soldados con luces; y por la izquierda Renchild con luz y espada desnuda.
Pip. Seguidme.
Rench. Muere traydor.
Carl. Tente, que soy yo.
Macep. ¡Qué veo!
Rench. Marmol soy.
Pip. ¡Qué es lo que miro!
Macep. ¡El Rey aquí, santos Cielos,
con Isabela! Pues como::-
confuso estoy!
Rench. Estoy muerto.
Carl. Madama, á nadie digais *Al oido.*
lo que hubo aquí.
Pip. ¿Pues qué es esto,
Señor? ¿Cómo, ó por qué se halla
así entre los brazos vuestros
Isabela tan turbada,
y el vestido descompuesto?
Carl. ¿No lo sabes?
Pip. No Señor.
Carl. Yo sí, Piper.
Macep. ¡Con qué ceño
me mira el Rey! ¡Qué será?
Carl. Idos todos al momento
de aquí; y solo tú te queda *A Renck.*
conmigo.
Todos. Ya obedecemos.
Pip. Si volviera á las andadas
el Rey, quedáramos buenos. *Vase.*
Rench. Sin alma estoy.
Macep. Voy confuso. *Vase.*
Is. ¡Qué intentará el Rey, tormentos! *Vas.*
Carl. Esto ha de ser.
Rench. No me acuerdes,
honor, que es Carlos el mesmo
á quien Macepa culpó,
y en cuyos brazos encuentro
á Isabela.
Carl. Y bien, Renchild,
de todo quanto estás viendo
¿qué crees tú?
Rench. Que hay quien quiere
manchar mi honor con excesos.
Carl. ¿Sabes quién es?
Rench. ¡Ah Señor!
Pues dudais vos que á saberlo
Renchild, lavára la ofensa
con la sangre de quien::-
Carl. Bueno:
¿pues no has visto entre mis brazos
á Isabela de su lecho
robada?
Reneh. Sí, gran Señor.
Carl. ¿Habia en el aposento
otro que yo?
Rench. No señor.
Carl. ¿Para atreverse á este riesgo
sabía otro mas que yo
que estabas ausente?
Rench. Creo
que no.
Carl. ¿Pues quién puedes creer

que ha cometido este exceso
sino yo?
Rench. Callad, señor:
que no me juzgueis os ruego
capaz de hacer á mi Rey
tal oprobrio. Quanto veo
es ilusion: quanto escucho
es un poderoso efecto
del acaso.
Cárl. ¡Ah buen Renchild! *Aparte.*
Rench. Yo mil testimonios tengo
de vuestra nobleza; y nunca
podrán hallar en mi pecho
mas abrigo unos indicios
tan débiles, que unos hechos
tan verdaderos y heroycos
como de vos oigo y veo.
Cárl. ¿Con que no soy yo el autor
de este crímen?
Rench. Señor, vuelvo
á decir, que ni lo sois,
ni aunque querais podeis serlo;
pues una alma hecha á noblezas
como la vuestra, contemplo
que no puede producir
infamias ni abatimientos.
Cárl. A Dios, Renchild: á premiar
voy la lealtad de tu pecho.
Rench. Haced vos lo que gusteis;
que yo en esto me mantengo. *Vase Cárl.*
Nada importa que Macepa,
por disfrazar sus excesos,
hiciera cómplice al Rey.
Nada el que me envie léjos
del campo, y halle á mi esposa
en sus brazos quando vuelvo.
Y nada en fin, que mi infame
memoria, en este momento,
me acuerde que es quien manchar
quiso mi honor algun tiempo:
pues yo, á pesar de tan fuertes
indicios como estoy viendo,
nunca he de creer que el Rey
me ofendió, ni puede hacerlo. *Vase.*
Aposento del Czar. Salen éste, Collovins y Fiedfel.
Fied. ¡Con qué cuidado me tiene *Ap.*
el saber que no haya vuelto
Macepa donde quedé
esperándole!
Pedr. En efecto,
¿está de modo la mina
que hallen su ruina los Suecos,
si pretenden asaltarnos?
Coll. Sí señor.
Pedr. Mucho me alegro,
ya que un acaso dispuso
que no quedase en el duelo
vencedor. Triunfe el ardid,
Collovins, donde el esfuerzo
es inútil. Lo que extraño
es, que un General experto,
como Cárlos, sin defensa
dexase por tanto tiempo
el rio, de modo que hayan
podido entrar sin gran riesgo
en la Plaza los seis mil
Moscovitas de refuerzo,
que reclutó Mencicof.
Sale Menc. Señor, en este momento
llegó á vista del castillo,
con seña de paz, un Sueco
gallardo; y hablaros quiere.
Pedr. Pues condúcele á este puesto;
y salid todos de aquí. *Vase Mencicof.*
Coll. Señor, que mireis os ruego
que puede ser un traidor,
y querer:::-
Pedr. Id; nada temo,
Collovins; conmigo está,
si lo fuere, un noble esfuerzo.
Coll. Ya no replico.
Fied. ¡Ay Macepa!
por tí ni un punto sosiego. *Vanse.*
Pedr. ¿Quién será?
Salen Mencicof, é Isabela embozada con capa.
Menc. Entrad, que aquí está. *Vase.*
Isab. Honor, mira lo que emprendo
por tí.
Pedr. Sueco, dí quién eres.
Isab. ¿Hay alguien que pueda vernos?
Pedr. No: y porqúe estés mas seguro,
cerraré de este aposento *Las cierra.*
las puertas: que ya vinieses
de guerra ó paz, nada temo.
Ya están: dí quién eres.
Isab. Yo. *Descúbrese.*
Pedr. ¡Qué es lo que he mirado, cielos!
Isab. ¿Me conoceis?

Pedr. De eso nace
mi admiracion.
Isab. A qué vengo
oid pues.
Pedr. Si acaso vienes
á hacer mi vida trofeo
de tu brazo, considera
quán tiranamente bellos
tus ojos en el instante
que te ví lo consiguiéron.
Isab. Quando viniera á rendir,
Moscovita, vuestro aliento,
como presumís, creed
que para lograrlo tengo,
mas que hermosura en mis ojos,
en mi corazon esfuerzo.
A haceros una fineza
es tan solo á lo que vengo.
¿Vos del Príncipe Macepa
no estais ofendido?
Pedr. Es cierto;
y á poder vengarme:::-
Isab. A mí,
gran Czar, me toca poneros
en ocasion de lograrlo.
Pedr. ¿Qué dices?
Isab. Esto os ofrezco.
A mediodia aguardadme
con algunos de los vuestros
al pie del monte emboscados;
y quando yo con un lienzo
haga la seña, podreis
salir, y sin ningun riesgo,
haceros de su alevoso
corazon árbitro y dueño.
Pedr. ¿Pues cómo, siendo de Cárlos
aliado, creer puedo
que me entregueis su persona?
Isab. Nada os importa el saberlo;
baste el oir que soy yo
la que entregároslе ofrezco.
Pedr. Basta ya, hermosa Isabela:
fiado en tu ofrecimiento,
iré donde tú me mandas;
y como logre ver preso
á ese alevoso Cosako,
pide quanto quieras: ¿pero
qué puede darte quien ya
tributó á tu hermoso cielo
por ofrenda un albedrío,
y su corazon por feudo?
Isab. No con lisonjas querais
ofender hoy mis respetos
atrevido; pues quien sabe,
por no escuchar lisonjeros
halagos de un temerario,
vender su vida á los ciegos
rencores de su enemigo;
si vos loco, osado, ó necio,
dais en adorar las luces
de sus ojos halagüeños,
porque no mireis los suyos,
sabrá arrancaros los vuestros.
Pedr. Luego Macepa:::-
Isab. Bastante
os digo para entenderlo.
Abrid la puerta: y á Dios.
Pedr. No quiero excitar molesto *Abre.*
tus rigores, si bien miro
que estás mas bella con ellos.
Isab. Cansado estais.
Pedr. Vete en paz.
Isab. No os tardeis. *Vase embozándose.*
Pedr. Allá te espero,
pues mas estimo su vida,
que el mas dilatado Imperio. *Vase.*
Tiendas de campaña. Sale Renchild.
Rench. ¡Válgame Dios! ¡Cómo crecen
los acasos por momentos
para hacerme creer que el Rey
es quien torpemente ciego
quiere ofenderme! Un puñal
encontré en el quarto mesmo
de Isabela, y en sus filos
el nombre grabado veo
del Rey. ¡O mal haya amen
mil veces el cincel diestro,
que para tormento mio
esculpió en el duro acero
seis letras, seis basiliscos,
que con su vista me han muerto!
¿Posible es que un Rey tan noble,
tan heroyco y justiciero,
manchar intente el honor
de un vasallo, cuyo esfuerzo
le dió mas triunfos que tiene
Provincias su vasto Reyno?
¡Quándo yo, en vez de entregarme
á las delicias del sueño,
voy por defender su vida

á poner la mia en riesgo,
pudo intentar Cárlos Doce
manchar el tálamo honesto
de Renchild tan torpemente!
¡Ah! No es posible, no:::- ¿Pero
no es suyo aqueste puñal?
El mismo lo está diciendo.
¡Ah Cárlos, que son muy fuertes
los indicios! Demas de esto,
¿el encontrar yo á Isabela
en sus brazos, no es un cierto
testimonio de que él fué
quien me ofendió? No, no, zelos,
todos los indicios mienten,
no es capaz su heroyco pecho
de tal vileza; fué acaso
hallar en sus brazos mesmos
á Isabela: el encontrar
este puñal en el lecho,
acaso fué: y aunque llueva
la casualidad enredos,
accidentes y testigos,
que cautelosos y diestros
hagan creer á los ojos
que el Rey cometió este exceso,
sabrá mi heroyca nobleza
desmentirlo y defenderlo.

Salen Cárlos, Macepa, Piper, é Isabela.

Cárl. Ya Macepa confesó
su culpa, y con juramento
me prometió desistir
de sus injustos deseos.
Me la pagará, si osado
falta á la promesa.
Pip. Cielos,
el pasage de esta noche
me tiene de dudas lleno.
Cárl. He allí, Piper, el mejor
vasallo del universo.
Pip. ¿Renchild?
Cárl. Sí; tan Sueca es
la cara como los hechos.
La comida.

Parte Renchild. Cárlos habla aparte con Piper, é Isabela dice al oido á Macepa.

Isab. Al pie del monte,
luego que comais, espero.
Macep. Muy bien. ¿Qué querrá Isabela?
¿Posible sería, cielos, *Aparte.*
que hubiera trocado ya
en caricias los desprecios?
Pip. ¿Hoy el asalto?
Cárl. Sí, Piper.
Pip. Pues yo, señor, no lo apruebo,
miéntras Levenup no llegue,
como esperais, con refuerzo.
Cárl. Pues yo sí.

Salen Renchild y Suecos conduciendo preso á un Soldado derrotado.

Rench. Aqueste Soldado,
que estaba en aqueste cerro
de centinela, atrevido
ha abandonado su puesto.
Cárl. ¿Con qué motivo?
Sold. 2.º Señor,
con el de no haber ya esfuerzo
para resistir el frio
que hace allí.
Cárl. Te compadezco.
Vé, y haz que vivo le quemen.
Todos. Señor:::-
Cárl. Haz lo que te ordeno,
pues un Soldado tan débil,
que contra el rigor severo
de la milicia abandona
tan fácilmente su puesto,
porque no le mate el frio,
justo es que yo le dé fuego.
Macep. Su desnudez le disculpa.
Cárl. Teneis razon; que unos cuerpos
tan delicados no pueden
sufrir un cruel invierno
en la Ucrania sin vestido.
Toma el mio, débil Sueco, (*Quítase la casaca, y se la arroja.*)
póntele, y vuelve á cumplir
con tu obligacion sin miedo.

En ademan de quitarse las casacas.

Rench. Pip. y Macep. Señor, el mio:::-
Cárl. ¿Qué haceis?
Soldado, ese tuyo es bueno
para mí.
Sold. 2.º Señor, tan roto:::-
Cárl. No importa; ya yo estoy hecho
á trabajos, y no extraño (*Se pone la casaca del Soldado.*)
la crueldad de los tiempos:
Macep. Advertid que:::-
Cárl. Basta ya. *Nieva.*
Parte, Soldado, al momento,
y desde hoy ten advertido,

que

que los ánimos guerreros,
quando no hallan enemigos,
deben lidiar con los tiempos.
Sold. 2.º Corrido voy. *Vase.*
Macep. Admirado
me tiene su heroyco esfuerzo.
Pip. Ved, señor, que es mucho el frio
para estar así.
Cárl. Muy bueno:
el frio no está en la Ucrania,
Piper.
Sacan dos tambores con manteles y viandas, y dos sillas de campaña.
Pip. ¿Pues dónde?
Cárl. En tus huesos.
Pip. No me atrevo á replicar, *Aparte.*
porque sé que es perder tiempo.
Macep. Señor, ved que está nevando.
Cárl. Es verdad; no habia hecho (*Siéntase á comer, y Macepa.*
reparo.
Macep. Sí; pero aquí *Aparte.*
quiere comer con todo eso.
Cárl. Yo haré tu cuerpo á trabajos, *Ap.*
si estás conmigo algun tiempo: (*Tiros de la Plaza.*
Macepa.
Macep. ¿Gran señor?
Cárl. Hoy
con mi música comemos.
Rench. Honor, no puedo olvidarte.
Cárl. Renchild, ¿qué tropas tenemos?
Rench. Seis mil Cosakos, y cerca
de veinte y dos mil Suecos.
Carl ¿Qué á mí á quántos me comparas?
Rench. A uno, señor, pero bueno.
Cárl. Mal cuentas; pues si un Soldado
que lidia á los ojos mesmos
del Rey vale por cincuenta;
valdrá por mil y quinientos
un Oficial; y un Monarca
de polvo y sangre cubierto,
capitaneando sus huestes,
y animando con su exemplo
sus tropas, debe contarse
por otro exército entero:
y así, el Príncipe que quiera
hacer mucho mas inmenso
su exército sin mas tropas,
empuñe en lugar del cetro
la cuchilla, y animoso
salga á mancharla el primero
siempre con sangre enemiga,
y verá como á su exemplo
sus Soldados multiplican,
si no el número, el esfuerzo.
Pip. Bueno es que los Reyes salgan
á mandar; mas no que en riesgo
se pongan de que una bala
pueda dar fin de su aliento.
Cárl. ¿Quándo se ha visto que un Rey
muera de bala? ¡Muy bueno!
Mas Reyes se han visto siempre,
Piper, en palacio muertos
por un traidor, que en la guerra
por sus enemigos mesmos.
Danle de beber: suena un tiro, rómpese el vaso, y cae muerto un criado que está junto al bastidor; el de la salvilla la dexa caer, y Macepa se levanta asustado.
Rench. Señor, señor:::-
Cárl. ¿Qué?
Pip. Una bala:::-
Criad. 2.º ¡Muerto soy!
Macep. ¡Válgame el cielo!
Pip. Rompió el vaso.
Cárl. Y bien: ¿no hay otro?
Pip. Y dexa un criado muerto.
Cárl. Retiradle. ¿Ves ahora
Vase Renchild con los que se llevan al muerto.
como á un Rey tuvo respeto,
y fué á exercer su rigor
con ese criado? ¿Pero,
Macepa, habeis ya acabado?
Macep. Señor, yo:::-
Cárl. Tomad asiento.
Macep. Temblando estoy.
Cárl. Estos postres
son los que tienen mis Suecos
por regalo en sus comidas,
Príncipe; pero supuesto
que no os gustan; vé y dí, Piper,
que otros traygan al momento
para Macepa. *Isab.* ¡Qué bien
reprehendió su infame miedo! *Ap.*
Macep. ¡Corrido estoy! Yo, señor:::-
Cárl. Voto á Dios, que si en vos veo
esta baxeza otra vez,
me afrentaré de teneros *Al oido.*
en mi mesa.

Salen Renchild, y una Aldeana.

Rench. Aquí está el Rey.
Llega, Aldeana.
Cárl. ¿Qué es eso?
Rench. Esta Aldeana, señor,
que quiere hablaros.
Ald. ¡Qué ceño
tiene el Rey!
Cárl. ¿Qué es lo que quieres?
Ald. Señor, que un Soldado vuestro,
cauteloso y atrevido
con halagos lisonjeros
ha burlado mi inocencia.
Cárl. Y bien; ¿qué pides?
Ald. Os ruego
que me hagais justicia.
Cárl. A nadie,
si la tiene, se la niego.
Vé, Renchild, infórmate
quién es el Soldado, y presto
hazle despeñar de un monte.
Ald. ¡Qué oigo! Señor, yo pretendo
solo que le hagais cumplir
sus falsos ofrecimientos.
Cárl. ¿Qué es lo que ofreció?
Ald. Casarse
conmigo.
Cárl. ¿Y no quiere hacerlo?
Ald. No señor.
Cárl. Pues yo, Aldeana,
hago por tí quanto puedo,
que es castigar sus engaños
como Rey. Tú en el momento
que le hubiesen despeñado
llévale contigo al pueblo;
y el que facultad tuviere,
que os case.
Ald. ¡Qué escucho, cielos!
Señor:::-
Cárl. Con su justa muerte
vengado ya tu honor dexo.
Ald. Pues si no habeis de obligarle
á casar, señor, no quiero
que muera inocente: él nunca,
por mas que me quiso un tiempo,
se atrevió á ofender mi honor:
yo arrepentida os confieso,
que creyendo le mandárais
casar conmigo al momento,
le acumulé tal delito:
así libertarle pienso. *Ap.*
Cárl. ¿Luego él nunca te ofendió?
Ald. No señor. Logré mi intento. *Ap.*
Cárl. Renchild, haz que á esa Aldeana
le corte un verdugo luego
la lengua, porque otra vez
no engañe á un Rey justiciero.
Todos. Señor:::-
Cárl. Llevadla de aquí,
y executad lo que ordeno.
Ald. Piedad.
Cárl. Basta. Y porque sepan (*Se levanta.*
en adelante mis Suecos,
que no viniéron conmigo
á enamorar lisonjeros
bellezas, sino á matar,
herir, y ganar Imperios,
haz que á él le saquen los ojos.
Macep. ¡Qué rigor!
Cárl. Que sepan quiero,
que en un Soldado es delito
el amar: pero pues dexo
castigada así su culpa,
justo es que premie sus buenos
servicios: yo le señalo,
si es Soldado, el mismo sueldo,
porque pueda mantenerse
miéntras viva, que á un Sargento.
Rench. Está bien.
Cárl. ¿Pues qué aguardais?
Rench. Vamos.
Ald. Castiguen los cielos,
Rey cruel, esta injusticia,
dándote el fin mas funesto. *Vase con Renchild.*
Macep. Señor, por muger:::-
Cárl. Macepa,
los Jueces que saben serlo,
tienen unas leyes solas
para castigar dos sexôs.
Isab. ¡Rara entereza!
Pip. Por mas
que á compasion me moviéron
sus ojos, no me atreví
á reprehender sus decretos.
Cárl. Ya todos en un Soldado
habeis visto quán severo
el crímen de amor castigo:
guárdese de cometerlo,
vasallos, el que no quiera
sufrir el castigo mesmo.

Pip. Á Macepa dirigió
esta amenaza su ceño.
Carl. Venid. *Vase con Piper.*
Macep. Iré á ver qué quiere
la ingrata por quien padezco. *Vase.*
Isab. Ya honor llegó la ocasion
de que en mí vea mi sexô
como ofendida castigo
las culpas de un lisonjero
que intenta manchar osado
el honor que tiene dueño. *Vase.*

Monte, y en su altura al centro de la izquierda un castillo con cañones, con puerta rastrillo, que sirve de puente para pasar el rio Vorskla, que nace en el centro del monte, y se despeña por junto al castillo; al pie del monte ácia la izquierda matorrales; en lo demas árboles: el sol en medio curso: echan el rastrillo; y salen por la puerta Pedro, Mencicof, Fiedfel, y Moscovitas.

Pedr. Ahora que el campo contrario
está en profundo silencio
es ocasion: id baxando
por entre aquesos espesos
árboles sin hacer ruido.
Mencic. ¿Pero, señor, no sabremos
dónde vamos? *Pedr.* Mencicof,
ya te lo dirá el suceso.
Basteos saber que será
el dia mas placentero
este para mí. *Fied.* Pesares, *Aparte.*
¿quáles serán sus intentos?
Pedr. Ahora entre estos matorrales
emboscados aguardemos
ocasion de conseguir
esta accion.
Mencic. Ya obedecemos. *Se emboscan.*
Sale Macep. Aqueste es el sitio donde
me dixo el dulce embeleso
de Isabela que aguardára.
¡Qué fuera que el duro ceño
de sus ojos se acabase
para mí en este momento!
Fied. Penas mias, ¿no es Macepa *Ap.*
el que ácia aquí va viniendo?
Macep. En vano Cárlos espera
que olvide yo el amor ciego
con que la miro; pues ántes
se va aumentando en mi pecho.
¡Válgame Dios! ¡Que esta noche
hablára yo al Rey, creyendo
que era Fiedfel! Muchos daños
me va el engaño trayendo.
Pedr. Ya empieza á cumplir su oferta
Isabela, pues advierto
allí al infame Cosako.
Macep. Discurso, no lisonjero
me pintes dichas ahora,
si he de ver luego desprecios.
Sale Isab. Aquí está. Albricias, honor,
pues ya á asegurarte empiezo. *Ap.*
Macep. No dirás, hermosa ingrata,
que obediente á tus preceptos
no me ves.
Isab. ¿Si habrá venido *Ap.*
el Moscovita?
Sale Rench. Siguiendo
á Isabela::: Pero, honor,
¿no es el Cosako al que veo?
él es: pese á mí, que ya
van á evidencia los zelos.
Macep. ¿Qué miras? Solos estamos;
nadie hay que de impedimento
sirva, bellísima ingrata,
á tu rubor: ya tu pecho
puedes descubrir á quien
fino, enamorado y tierno
vive amando tu hermosura.
Isab. Pesares, á nadie veo. *Ap.*
Macep. Si á esta parte me has llamado
para dar el justo premio
á mi pasion, dilo, acaba;
que no habrá accion, no habrá riesgo
que no atropelle mi amor,
si cambiados los desprecios
en caricias, das siquiera
una esperanza á mi afecto.
Rench. ¡Ah infame, qué pronto olvidas
la nobleza de mi pecho!
Macep. Si te cansan las caricias
de un esposo, y sus respetos
te obligan hoy á callarlo,
dímelo, y verás quán presto
te llevo donde sin sustos,
sin temores ni recelos,
puedas decir que aborreces
aun su nombre.
Isab. Fingir quiero *Aparte.*
por detenerle entretanto

que llega el Czar á este puesto.
Príncipe, ya es ocasion
de que olvidando respetos
del honor, aquí os declare
lo que callo, y lo que siento.
Yo os amo:::- No, no querais
manifestar con extremos
vuestra admiracion, pues sé
que á vista de los desprecios
que os hice hasta aquí, os será
quasi imposible el creerlo.
Rench. ¡Ah vil muger! Pero males,
apuremos el veneno.
Isab. Yo os amo, sí, y la memoria
de ese despótico dueño
de mi voluntad, ha dias
que justamente aborrezco.
Rench. ¡Qué esto escuche!
Isab. Si hasta aquí
no os lo dixe, fué, creyendo
ménos verdadero y firme
vuestro amor; mas hoy, que os veo
dispuesto á morir amando
mi hermosura, no pretendo
encubriros mis pesares:
vuestra soy, sí, lo confieso.
Albricias, que entre esas matas *Ap.*
he visto ya á quien espero.
Sacadme de aquí, llevadme
donde pueda sin recelo
decir á voces que sois
de mi corazon el dueño.
Rench. Antes sabrán mis furores,
villanas almas, haceros
mas pedazos que delitos
vuestras voces cometiéron.
Macep. ¡Qué dices! ¿Puedo creer
esa dicha?
Isab. Si el haberlo
confesado yo, aunque tarde,
no os basta para creerlo;
yo os daré una prueba ahora
que disipe esos recelos. (*Saca el lienzo.*
Pedr. Ya hizo la seña: salgamos.
Isab. Ya la señal entendiéron.
Macep. ¿Y quál es?
Isab. Esta.
Pedr. Así, infame, (*Llegan por detrás,*
castiga tu culpa el cielo. (*y le aseguran.*
Macep. ¡Ay de mí!
Rench. ¡Qué es lo que miro!
Macep. ¡Traidores!
Isab. Así, villano,
confirmo lo que te quiero:
así venga mi nobleza
quantos agravios has hecho
á mi fama: y así en fin
castigo tu atrevimiento.
Macep. ¡Ah cautelosa!
Isab. ¿Pues qué
pudo tu villano pecho
imaginar que pudiera
dar al olvido respetos
de un esposo, á quien juré
una eterna fé, á quien debo
un fino amor, y á quien siempre
quise con igual extremo?
¿Pensaste que mi soberbia
se humillára en un momento
á premiar esa pasion
infame, ese vil exceso
de tu osadía? ¿Creiste
mi corazon tan ageno
de constancia, que viniera
á rendirse á tus deseos
tan fácilmente? Pues no,
tengo valor, tengo esfuerzo
para contrastar porfias,
para despreciar extremos,
para castigar delirios,
y aun para hacer (¡vive el cielo!)
pedazos á quien presuma
que puede, ni aun el sol mesmo
ser mas claro que mi honor:
sí, yo lo digo, y lo dexo
ya probado. En fin, ahí
ese enemigo te entrego *A Pedr.*
tuyo, y de mi honor; ya ves
que sé cumplir lo que ofrezco:
no quiero otra recompensa
de tí, que el que si los tiempos
murmuran, que fué esta accion
mas vengativa en efecto,
que heroyca, afirmes que solo
por librar de sus excesos
repetidos mi honor puro,
pudo mi nobleza hacerlo.
Fied. ¡Ay Macepa! ¡Quién pudiera *Ap.*
sacarte de tantos riesgos!
Pedr. Ilustre Sueca, los siglos

admirarán siempre un hecho
tan peregrino, llenando
tu nombre de elogio eterno.
Soldados, llevad aprisa
al castillo este perverso
Cosako.
Macep. ¡Ah vil cocodrilo!
¡con tus astucias me has muerto!
Isab. Tú has intentado dos veces
matar mi honor con excesos.
Macep. ¡Qué rabia! Si yo, villanos,
pudiera cobrar mi acero:::-
Pedr. ¿Qué esperais? Llevadle. Y tú,
gloriosísimo modelo
de lealtad, en paz te queda.
Isab. Tu vida guarden los cielos,
gran Czar.
Macep. ¡Pése á mí! ¿No hay nadie
que ampare mi vida, Suecos? (*Llévanle.*
Sale Rench. No temas, que yo te amparo.
Canalla, allá va mi aliento
á quitáros esa presa.
Isab. Ten el paso, y el acero,
Renchild.
Rench. Quita.
Isab. ¿Sabes que ese
tu honor ofendió?
Rench. Por eso,
para vengarme despues,
voy á librarle muriendo. *Vase.*
Isab. Espera, aguarda. ¡Ay de mí!
Ya es forzoso que mi aliento
entre á defender su vida.
Al irse, salen Fiedfel y Soldados.
Fied. Así vengarte resuelvo,
amigo. Date á prision,
muger cruel.
Isab. Cómo:::-
Fied. Presto
subid al monte con ella.
Isab. Renchild, Renchild. *Llévanla.*
Dentr. Rench. ¡Qué oigo, cielos!
Isabela.
Fied. Noble amigo,
ya aquesta víctima ofrezco
á tus furores.
Isab. Renchild. (mero
Dentr. Rench. Perdona honor, que pri-
es mi esposa:::- Donde::- ¡ay triste! (*Sale.*
Tened, volvedme al momento
la vida que me llevais.
Sale Collovins y Soldados al castillo, echan el rastrillo: empiezan á salir por el monte, Pedro, Mencicof y Moscovitas, conduciendo á Macepa: Renchild empieza á subir el monte.
Coll. Echad el puente, haced fuego.
Macep. Suecos, Suecos.
Pedr. Rusos mios,
aprisa, que á socorrerlos
viene gente.
Dentr. Carl. Aprisa, Piper.
Salen Cárlos, Piper y Soldados: entran á Macepa en el castillo: salen Fiedfel y Soldados conduciendo á Isabela, introduciéndola á su tiempo en el castillo, el que dispara contra Cárlos y los suyos, que suben al monte; y echan el rastrillo cerrado.
¡Pero qué es lo que estoy viendo!
A ellos, amigos.
Pedr. Entrad.
Cárl. Villanos.
Pip. Señor, que el fuego
es muy vivo.
Cárl. Nada importa:
á ellos, animosos Suecos.
Pedr. Rusos, al castillo.
Cárl. ¡Ah viles,
que burlasteis mis intentos!
Pip. Retirémonos, señor,
que está nuestra vida en riesgo.
Cárl. Sí, retirémonos, Piper;
pero sea, fuertes Suecos,
para vengar sus traiciones.
Rench. ¡Ay amada esposa! presto
iré yo á morir contigo,
ó á librarte.
Cárl. Dí, ¿qué hacemos? *A Renchild.*
Ven, dispónganse las tropas
en el instante: asaltemos
esa altiva fortaleza;
y á la violencia del fuego
activo que vuestras almas
despiden, caygan sus lienzos,
y entre sus tristes ruinas
lloren todos su escarmiento.
Venid, venid; y conmigo,
de dolor y rabia llenos,
decid que mueran los Rusos,

y vivan los fuertes Suecos.
Todos. Mueran los soberbios Rusos,
y vivan los fuertes Suecos.

ACTO TERCERO.

Cárcel obscura, con una lamparilla encendida. Macepa con prisiones.

Macep. ¡Ah débil, ah momentáneo
poder del hombre! ¡Ah mentidas
y engañosas esperanzas
de la tierra! ¡Con qué prisa
os desvanece la mano
mas flaca! En vano fabríca
nuestra ambicion y soberbia,
sobre nuestra idea misma,
babeles con que escalar
el cielo de una aprehensiva
y fantástica grandeza:
en vano, en vano maquína
levantar nuestra arrogancia
del polvo de nuestra indigna
debilidad simulacros,
donde adorada y temida
se mire, pues un instante,
un momento de impropicia
fortuna los desbarata,
los asola y arruina.
Dígalo yo, que ha un instante
(¡qué ciego error!) me creía
despótico soberano
de Moscovia, y ya se mira
aquella ambicion sujeta
á una cárcel reducida
y tenebrosa; las manos
que poco ha en mi fantasía
dorado cetro empuñaban,
se ven ahora oprimidas
de duras cadenas. Todas,
todas las ideas mias
frustró. ¿Quién? Una muger.
Tarde conozco, desdichas,
en quán débiles cimientos
puse la fábrica altiva
de mis pensamientos. Ya
no aguardo sino la impía,
la hora funesta en que acabe
la cólera vengativa
del Czar, mi vida. ¡O memoria
cruel! ¡Ah Fiedfel, qué aprisa
me abandonas! ¡Mas, qué mucho,
si hoy abatido me miras!
Arriba Fied. Macepa.
Macep. ¿Quién llama?
Fied. Ahí
un firme amigo te envia
la libertad, usa de ella,
pues te va en ello la vida.
Cae un lio, del que sacará Macepa lo que dicen los versos.
Macep. ¡Válgame el cielo! ¡Quién hoy
en medio de mis desdichas
se acuerda de darme alivio!
¿Y qué será en lo que cifra
mi libertad? Entre un lienzo
viene una espada, una lima,
una llave, y un villete:
forzoso es que en él me diga
el uso que debo hacer
de todo. No poca dicha
fué, que piadosos los guardas
la luz de esta lamparilla
me dexasen, pues si no,
sin saber me quedaría
lo que este papel contiene.
Leo, pues.
"Amigo, el Czar manda disponer con »prisa el cadahalso donde debes morir: el deseo de libertarte me hizo quitar (con gran riesgo de mi vida) esa »llave, que es de un postigo secreto »que tiene lo mas profundo de la prision, y va á dar á una estancia de Palacio, cerca de la qual hay una escalera »escusada que baxa á los jardines; por »ella puedes salir á la mina, y pasar á »tu campo. Te envio una lima con que »puedes quitarte las cadenas; y una »espada que defienda tu persona en »todo trance. No pierdas tiempo, pues »te avisa el peligro en que está tu vida, el de la faccion de anoche."
Fiedfel es, dichas.
¡O amigo el mas verdadero!
Yo pagaré tu hidalguía,
si la fortuna protege
mis designios. Mas, pues insta
el tiempo tanto, esta luz
podrá servirme de guia

hasta el postigo. Vil Czar
teme, si salgo, mis iras. *Vase con la luz.*

Aposento del Czar, con mesa con recado de escribir. Sale Collovins; y luego Fiedfel hablando aparte con Pedro.

Fied. Señor, por saber que es fuerza
que os dé Cárlos por su vida
quanto quisiereis, la traxe
prisionera.
Pedr. Bien. *Habla aparte con Coll.*
Fied. Desdichas,
fuerza es que encuentre Macepa,
si ha logrado la salida
de la prision, con el Czar,
pues en esta estancia misma,
que es por donde ha de pasar
Macepa para la mina,
se queda el Czar escribiendo.
Pedr. Díla que Pedro no olvida
lo que la debe. *Coll.* Está bien. *Vase.*
Fied. Mas de cada vez peligra
su vida. *Vase.*
Pedr. Hermosa Isabela,
yo premiaré tu hidalguía.
¡Ah vil Macepa! ni un punto
mi cólera vengativa
descansa, miéntras tu sangre
no va á lavar tus perfidias.
¡Válgame Dios! quando acuerdo
los trabajos y desdichas
que he pasado desde el punto
que ciñó mi frente altiva
la corona, con horror
miro la soberanía
del trono. ¡Ah, hombres! ¡qué poco
la apariencia anhelariais
del poder, y la grandeza,
si ántes la experiencia misma
pusiera sobre los hombros
de vuestra loca codicia
el imponderable peso
de trabajos y desdichas
que trae el reynar! ¡O ciega
preocupacion! Aspira
el jornalero á la suerte
de un menestral: éste envidia
las riquezas de un hidalgo:
el hidalgo la mentida
grandeza de aquel Ministro:
y éste la soberanía
de su Príncipe; sin ver
que el Príncipe trocaría
por la suerte de qualquiera
toda la pompa nociva,
todo el aparente fausto,
y poder con que le miran.
¡Ah corazon! ¡quién podrá
satisfacer tu avaricia!
Miéntras Mencicof está
del enemigo á la vista,
escribir á Eschulemburgo
quiero, para que con prisa
venga á socorrer la Plaza,
puesto que dexa tranquila
la Ucrania. *Escribe.*
Sale Cárl. Un fuerte Cosako
me traxo desde la mina
del jardin, sin que me viesen,
hasta ésta, que ser la misma
estancia del Czar, me dixo.
Pero él está aquí. Osadía,
preso me le he de llevar
á mi campo, si sus iras
no me entregan á Macepa
y á Isabela. *Pedr.* Si la mina
no produce aquel efecto
que mis astucias confian,
vendrá Eschulemburgo á tiempo
de estorvar nuestra ruina.
Al paso Macep. Todo lo logré segun
mis ansias apetecian.
Ahora baxaré al jardin,
por donde Fiedfel me avisa;
y:::- ¿Pero no es, rencor mio,
el Czar el que allí se mira?
él es. Valor, nadie puede
venir á amparar su vida,
pues en lo mas retirado
del Palacio está. Ojeriza,
ya ocasion tienes: ¿qué aguardas?
Cárl. Saldré:::- ¿Pero qué divisan
mis ojos? ¿No es el que viene
ácia el Czar con la cuchilla
desnuda, Macepa? Sí.
Macep. Logré esta vez su ruina.
Muere, cruel.

Al herirle, se levanta el Czar, quiere sacar la espada, y se lo estorva Cárlos poniéndole al pecho la suya.

Cárl. Tente.

Pedr.

Pedr. ¡Ay triste!
Cárl. Aguarda, ó pierdes la vida.
Pedr. Ola.
Cárl. Calma ya el acento;
ó por Dios, que mas aprisa
esta punta:::-
Pedr. No, detente.
¡Duro aprieto!
Macep. ¡Aquí, desdichas,
el Rey!
Pedr. Pues cómo:::-
Cárl. Calla, ó:::-
Macep. Decid: ¿qué causa os obliga
á estorvarme que le mate?
Cárl. Solo el mirar quán indigna
de su persona es la muerte,
Príncipe, que á darle ibais.
Al Rey no debe matarle
hoy vuestra mano atrevida
por la espalda: cara á cara
podreis hacerlo otro dia,
si quereis que Cárlos Doce
no salga á librar su vida.
Macep. Ved:::-
Cárl. Calmad los dos la accion;
ó vive Dios que mis iras:::-
En accion de herir al Czar, éste de sacar la espada, y Cárlos acudiendo á amenazar á los dos.
Ahora bien: Czar, quien aquí
contigo hace esta hidalguía,
vino resuelto á llevarte
á su campo, y no imagina
volverse sin conseguirlo:
y así:::-
Pedr. Altivo Cárlos, mira
que han de perderte los mios,
si se empeña tu osadía.
Dent. Coll. Amigos, seguidme todos
por aquesta parte aprisa
en su busca, pues es fuerza
que en Palacio esté.
Pedr. Tu vida
peligra si te detienes,
Cárlos, huye; mi hidalguía
te paga así el haber hoy
estorvado una perfidia.
Cárl. Yo te lo agradezco, Pedro.
Macepa, no os necesita
mi valor: idos.
Macep. Señor:::-
Cárl. No he menester compañía.
Pedr. Advierte que ese Cosako:::-
Cárl. Se va á libertar su vida. *Vase Macepa.*
Y tú perderás la tuya
si te mueves. *Pedr.* Cárlos, mira
que llegan los mios; huye.
Cárl. Sí huiré; pero camina
delante.
Pedr. ¿Qué es lo que intentas?
Cárl. Llevarte en mi compañía.
Pedr. Advierte:::-
Cárl. Que si los labios
mueves, te han de dar mis iras
la muerte.
Pedr. Pues dámela;
que á trueque que no consigas
llevarme preso, diré:::-
Cárl. Calla. *Pedr.* Amigos:::-
Cárl. Entra aprisa;
que no has de frustrar mi intento,
porque una vez, y otra digas:::- *Vase con Pedr.*
Dent. Pedr. Favor amigos:::-
Dent. Coll. Soldados,
por aquí, que el Czar peligra.
Dent. Ped. Acudid presto. *Salen Collovins y Soldados.*
Coll. Seguidme,
que temo alguna desdicha,
pues quebrantó la prision
Macepa. *Vanse.*
Dent. Pedr. Rusos, aprisa.
La mutacion con que acabó el Acto segundo. Salen Piper, Renchild, y Suecos.
Rench. Amigos, pues no parece
nuestro Rey, y ya á la vista
del fuerte estamos, no el tiempo
se pierda.
Pip. ¿Pues qué maquínas?
Rench. Dar el asalto al instante,
y convertir en cenizas
la Plaza, sino me entregan
su persona. ¡Ah mi querida
Isabela! ¡Ah vil Macepa,
yo vengaré tu perfidia!
Pip. Pues, Renchild, no nos tardemos,
por si nuestro Rey peligra.
Rench. Vamos.
Salen Cárlos y un Cosako.
Cárl. Ya en el campo estamos
sígueme.

Pip. ¡Qué es lo que miran
mis ojos! señor:::-
Rench. Señor:::-
¡Quántas ansias y fatigas
nos habeis costado!
Cárl. Hartas
he pasado yo, á fé mia.
Pero vamos á asaltar
el castillo.
Rench. Prevenidas
las tropas, como estais viendo,
nuestra lealtad tenia,
gran señor, para asaltarle,
si no hallábamos noticia
de vuestra persona. *Cárl.* ¡Ah!
si no acuden tan aprisa,
Renchild, preso os traigo al Czar
para tener un buen dia:
pero con tanta canalla,
hice harto en salvar mi vida,
con dolor de que á Macepa
hubiesen preso sus iras
segunda vez.
Pip. ¡Ah señor!
que vuestra misma osadía
os ha de causar:::-
Cárl. Sí, Piper,
ven á asaltarles aprisa.
Pip. ¡Ah juventud, quán sin freno
á tu perdicion caminas! *Ap.*
Rench. A librar vas á Isabela,
valor; tú harás maravillas. *Ap.*
Cárl. Ya, valerosos Soldados,
hemos llegado á la vista
del castillo, que es el débil
apoyo del Moscovita.
A asaltarle vienen hoy
las invencibles cuchillas
de Suecia, á cuyo golpe
no hubo muro, no hubo vida
que no haya llorado siempre,
ó su muerte, ó su ruina.
Pero ántes que nuestro esfuerzo
se aventure, es bien que siga
los trámites de la guerra,
y ardides de la milicia.
Ha del castillo.
Sale Mencic. ¿Quién llama? *En los muros.*
Carl. Cárlos Doce solicita
hablar al Czar.
Mencic. Al instante
saldrá aquí su valentía. *Vase.*
Cárl. O su temor.
Rench. ¡Ay esposa,
yo vine á causar tu ruina!
Pip. ¿Qué intentará ahora el Rey?
Salen al castillo Pedro y Mencicof.
Pedr. Vé, y condúcela á mi vista. *Vase Mencic.*
Soberbio Sueco, ya el Czar
está esperando que digas
tu intencion.
Cárl. Breve seré,
pues tengo la sangre viva.
El exército que ves,
á reducir á cenizas
viene el castillo y la plaza,
con todos los Moscovitas:
si deseas que perdone
nuestro furor vuestras vidas,
entrégame en el instante
una Sueca peregrina
que tienes presa, y con ella
á Macepa.
Pedr. ¿Solicitas
otra cosa?
Cárl. No.
Pedr. Pues si es
que tu condicion altiva
presume que mi temor
te ha de dar por concedidas
aquestas dos condiciones,
se engaña; que nuestras vidas,
sin el precio de una infamia,
están ya bien defendidas
de nuestro valor.
Salen al muro Mencicof é Isabela.
La Sueca
que me pides, y que miras
en mi poder, vale mucho
para que tu altanería
presuma que he de venderla
al precio vil de una indigna
amenaza tuya.
Cárl. Ruso,
criado toda mi vida
en campaña, no he aprendido
á tasar bien, á fé mia,
una hermosura; mas solo
por ser Sueca esa heroína,
te ofrecí un precio tan alto

co-

como venir yo á pedirla;
que, á ser otra, ni aun á tanto
mi valor se humillaría.
Pedr. Pues está á mas precio, Cárlos.
Isab. Gran Señor, mi fé os suplica
que no propongais al Czar
un partido que desdiga
de vuestro valor, por sola
la inútil libertad mia:
seguid el impulso noble
de vuestro genio, y las dignas
ventajas de vuestros Suecos;
que no importa que mi vida
se aventure, como vos
no aventureis este dia
vuestra gloria, sujetándoos
á una condicion indigna
que os pida el Czar. Asaltad
la fortaleza, rendidla,
y pasad luego inhumanos
á cuchillo su excesiva
guarnicion: no quede piedra
que no dexeis hoy teñida
con la sangre de sus hijos
cautelosos; si, yo misma
os exhorto á que sacieis
vuestras hidrópicas iras
en ellos, sin que os detenga
el temor de que mi vida
sea entretanto despique
de su rabia vengativa:
porque si así no lo hiciereis,
y volveis en este dia
á tratar de mi rescate,
vive Dios, que á vuestra vista,
me arroje desde esta torre
á las hundosas orillas
del Vorskla, por no mirar
vuestra fama envilecida.
Pedr. ¡Muger heroyca!
Rench. ¡Ay esposa!
¡Al paso que tus desdichas
siento, quánto es de mi oido
lisonja tu gallardía!
Pedr. ¿Oiste á Isabela? *Cárl.* Sí.
Pedr. Pues mira qué determinas;
en el supuesto, que apénas
muevas la planta indecisa
para asaltar el castillo,
divido con mi cuchilla
su garganta. Alma, finjamos. *Ap.*
Isab. Gran Cárlos, mi riesgo olvida
por tu gloria.
Pedr. ¿Qué discurres?
Cárl. Porque veas quánto estima
Cárlos Doce, no á Isabela
(porque al fin es mi enemiga
como muger) sino solo
su heroycidad, determina
mi valor, que Renchild sea
quien ofrezca á tu codicia
por ella quanto el deseo
de asegurar hoy la vida
de su esposa le dictase:
con él lo trata; él te diga,
Ruso, lo que da por ella,
que eso te da mi hidalguía.
Pedr. ¿Qué dices, Sueco?
Rench. Que puesto
que dexa en la mano mia
mi señor la decision
de este ajuste, es bien que elija
lo mejor. Valientes Suecos, *Saca la*
á dar el asalto; gima *espada.*
esa altiva fortaleza
al rigor de nuestras iras.
Perdona, amada Isabela,
si tu esposo sacrifica
á la gloria de los suyos
tu vida amable: camina
á morir; que yo te ofrezco
luego que cumpla este dia
con mi Rey, y con mi Patria,
ir á unir con tus cenizas
gloriosas, en el sepulcro
donde se guarden, las mias.
Isab. Nunca mejor que hoy llegué
á saber lo que me estimas,
Renchild; y nunca mas digno
te creí de mis caricias;
pues á haber tú procedido
ahora con ménos digna
nobleza, de ser tu esposa
me afrentaría yo misma.
Pip. ¡Qué almas tan nobles!
Cárl. Por Dios,
que tengo á los dos envidia.
Pedr. ¿Eso resuelves?
Rench. Si piensas
que es heroycidad fingida

la que has oido: Soldados,
á dar el asalto, arriba.
Pedr. Pues una vez que prefieres
tu gloria á la vida misma
de tu esposa, aguarda. *Vase con Isab.*
Rench. Cielos,
¿qué intentará el Moscovita?
Cárl. Por Dios, que si el Czar infame
comete una bastardía,
me la ha de pagar. *Echan el puente.*
Pip. Señor,
el puente echáron.
Rench. Desdichas,
sin duda que á darla muerte
sus rigores se encaminan.
Salen por el rastrillo Pedro é Isabela, y baxan el monte.
Cárl. ¡Qué veo! Con ella viene
á nosotros.
Rench. Ansias mias,
¡qué miro! Con ella baxa
el Czar, y ácia aquí camina.
Pedr. Porque veais que no solo
tan heroycas almas cria
Suecia, como los tres
ostentasteis á porfia;
esta es Isabela, Cárlos;
libre la vuelve á tu vista
mi nobleza, porque veas
que tambien los Moscovitas
saben ser héroes. Y puesto
que miras ya concedida
tu primer demanda, excuse
de pretender tu osadía
que conceda la segunda;
pues porque de excitar sirva
tu furor, sabé que hoy mismo
perderá su infame vida
Macepa, en justo castigo
de su exècrable perfidia.
Cárl. ¿Tal pronuncias?
Pedr. Sí; disponte
á dar el asalto; anima
tus esquadras, entretanto
que mi severa justicia
sacia en su bastarda sangre
su cólera vengativa. (*Vase al castillo y cierran.*
Cárl. Pues vive Dios, que tan cara
te ha de costar este dia
su vida, como dirá
tu escarmiento. Aprisa, aprisa
Soldados, traed escalas,
y lloren los Moscovitas
en su estrago la soberbia
de su Czar. *Rench.* Suecos, arriba.
Cárl. Piper, no quedes atrás.
Pip. Si sucede, á mis rodillas
culpad; pero no al valor
que entre estas canas se abriga.
Suben por el monte Cárlos, Piper, Renchild, Suecos y Cosakos, con escalas, y los Moscovitas coronan sus murallas.
Coll. A defender el castillo,
Soldados. *Pedr.* Hijos, aprisa,
castiguemos su arrogancia.
Astucias mias, la mina *Aparte.*
que para este caso tuve
de antemano prevenida,
me ha de valer.
Cárl. Suecos mios,
á pesar de las cuchillas
que le defienden, ganemos
el fuerte. *Pedr.* Cárlos, la vida
te costará el intentarlo.
Mencicof, halle esta altiva
nacion hoy en mis astucias
su inevitable ruina.
Rebienta parte del monte con estruendo arrojando peñascos, entre los quales baxarán despeñados algunos Soldados.
Cárl. ¡Válgame el cielo!
Rench. ¡Ay de mí!
Unos. Favor. *Otros.* Piedad.
Pip. é Isab. ¡Qué desdicha!
Pedr. Cárlos, la treta del puente,
que en Moscou, si no lo olvidas,
fué el estrago de mis Rusos,
te paga aquí mi hidalguía.
Isab. ¡Ah Czar cruel!
Pedr. Vamos presto,
Soldados, su artillería
tomemos; y miéntras todos
dicen entre las ruinas:::-
Unos. Cielos, piedad.
Otros. Favor, cielos.
Pedr. Decid todos:::-
El y Moscov. Rusia viva.
Tiendas de campaña. Sale Levenup con Suecos.
Leven. ¡Qué extraño accidente en este
cie-

cielos! ¡Así abandonado
el campo del Rey! Corred,
inquirid presto, Soldados,
la causa. ¡Todo el vagage,
y artillería en el campo
sin defensa! ¡Qué desdicha
habrá sucedido á Cárlos!
¿Quando yo con las reliquias
del refuerzo extraordinario
que traía, y que en tres choques
los Rusos arruináron,
venía á darle favor,
en este sitio, me hallo
con tal novedad?

Dent. Pedr. Seguidme,
pues no hay quien pueda estorvarnos
el despojo. *Leven.* Suecos mios,
á las armas, pues contrarios
son los que á nosotros vienen.

Dent. Pedr. Venid aprisa, Soldados.

Salen Pedro, Mencicof, Collovins y Moscovitas.

¡Pero qué veo!

Leven. A ellos, Suecos.

Pedr. Al arma, Rusos gallardos,
pues de nuevos enemigos
vemos defendido el campo.

Leven. ¿Qué es de mi Rey, Moscovita?

Pedr. Muerto queda con sus bravos
leones entre las ruinas
del monte que estás mirando.

Leven. ¡Qué dices, cruel! Amigos,
muramos todos vengando
á nuestro Rey. *Pedr.* En mis iras
hallaréis el mismo estrago
vosotros. *Retiran los Moscovitas á los Suecos.*

Dent. Rench. ¿A dónde vais,
gran Señor, desesperado?

Dent. Cárl. A morir, ántes que ver
despojado nuestro campo.

Salen Cárlos, Piper, Renchild, Isabela y Suecos ensangrentados, y cubiertos de polvo.

Pip. Señor, si apénas pudimos
sacar, aunque maltratados
del golpe, tres mil Suecos,
¿qué intentais hacer? Huyamos,
señor, salvemos las vidas
ya que:::-

Cárl. Calla, temerario.
¿Cárlos huir? Quien no quiera
morir con gloria á mi lado
matando:::-

Dent. Pedr. Que nos retiran.

Cárl. ¡Pero qué voz he escuchado!
Renchild, sígueme.

Dent. Leven. Ahora Suecos,
pues huye nuestro contrario.

Salen Pedro, Mencicof y Moscovitas retirándose de Levenup y Suecos, á quienes embisten Cárlos, &c. y aquellos se dividen en dos alas para la defensa.

Cárl. ¡Qué miro! Levenup es:
¡A qué buen tiempo ha llegado
el socorro!

Pedr. ¿Qué aun vivís?
Que nos han cogido en flanco
los Suecos.

Leven. Señor:::- *Cárl.* Ahora,
Levenup, mata contrarios,
que en venciendo, nos veremos.

Pedr. Pesie á mí: ¡que así, villanos,
salvaseis entre las ruinas
vuestras vidas!

Cárl. Sí, inhumano,
que no mueren tan vilmente
los Suecos: solo á balazos
quieren morir, no al rigor
de traiciones, y de engaños.

Pedr. Tú me enseñaste en Moscou
á vencer con estos lazos.

Cárl. Pues aquí te enseñaré
á ganar glorias matando.
Aprieta Renchild. *Mencic.* Señor,
ganemos por fuerza el paso
á la Ciudad.

Pedr. A eso aspiro.

Retíranse de los Suecos.

Cárl. Hijos, su alcance sigamos. *Vanse.*

Aposento de la tienda de Cárlos.

Sale Macepa.

Macep. Fortuna, ¿de qué me sirve
que Fiedfel haya librado
mi vida segunda vez
de tal peligro, si hallo
el campo Sueco sin gente,
y triunfantes mi contrarios?
Con una astucia me dixo
Fiedfel, que el Czar inhumano
habia dado la muerte

á Cárlos y sus Soldados.
¿Si será cierto, desdichas?
Ningun Soldado en el campo
se vé, que sacarme pueda
de dudas y sobresaltos.
La tienda del Rey es esta:
si habrá:::-
*Dent.Cárl.*Vé á hacer lo que mando. *Sale.*
Macep. ¡Pero qué miro! Señor:::-
Cárl. Macepa, ¿vos en mi campo?
Macep. Sí señor, segunda vez,
como visteis, me lleváron
á la prision; y creyendo
el Czar que me habia dado
libertad la vez primera
el Oficial que á su cargo
me tenia, hizo prenderle,
y á mí me dexó al cuidado
de Fiedfel, que miéntras vos
dabais al fuerte el asalto,
me libró segunda vez
fino, leal, y arrestado.
Cárl. Huélgome de ello Macepa,
porque estaba deseando
veros.
Macep. ¿Para qué, señor?
Cárl. Para deciros, villano,
quánto abusais del afecto
y tolerancia de Cárlos.
¿Os parece que pagais
la fé de vuestro aliado,
intentando con excesos
manchar del mejor vasallo
que tuvo Rey, el honor?
¿Así quebrantais osado
la palabra que me disteis,
de olvidar vuestros livianos
deseos, y venerar
justamente cortesano
la honestidad de Isabela?
He, callad, callad, que quando
me acuerdo, que soy yo á quien
esa palabra habeis dado,
y un Príncipe, quien infame
y torpemente ha faltado
á ella, de modo me irrito,
me enageno y arrebato,
que estoy para ser yo mismo
quien de una vez castigando
vuestros delitos, os haga
con mi mano mas pedazos
que:::-
En ademan de sacar la espada; Macepa se arrodilla, deteniéndole; y salen Isabela, Renchild y Piper.
Macep. Señor:::- *Los tres.* Señor:::-
Cárl. Alzad.
Los tres. ¡Macepa aquí, cielo santo! *Ap.*
Cárl. ¿Qué decís? *Sereno.*
Pip. Que ya, señor,
están prontos los Soldados.
Rench. Ten paciencia, honor. Tambien
Levenup salió del campo
á cumplir vuestros preceptos.
Cárl. Está bien: pues, Piper, vamos;
y miéntras yo con los mios
á una faccion útil parto,
vosotros con todo el resto
de las tropas, aguardadnos
á los muros de la Plaza.
Rench. Antes, señor, mis agravios
os ruegan les permitais
la satisfaccion:::-
Cárl. No mando
en tu honor, Renchild: aquí
te dexo con su contrario.
Isab. Señor, esperad, que puesto
que el Príncipe me ha agraviado
á mí sola, á mí me toca
el dexar mi honor vengado.
Rench. Tu honor es mio: y así,
pues tú misma has confesado
que agravió tu honor, tambien
el mio se vé agraviado.
Isab. Es verdad; pero:::-
Cárl. Madama,
sois muger; vengar á entrambos
toca á Renchild. Vamos, Piper.
Macepa, lo que debo hago.
Isab. Tened, señor; que aunque avara
y envidiosa me ha negado
naturaleza el ser hombre,
los estruendos me arrulláron
de Marte, y á sus impulsos
de modo se ha trastornado
mi primer naturaleza,
que solo, si bien reparo,
soy muger para uno, siendo
para los demas un pasmo.
Vos sabeis, y sabe el mundo,

que á pesar del sexô flaco
que me infama, fué este acero
en todos encuentros rayo
de Marte, cuyos furores
lloró el enemigo á estragos.
Vos mismos, por mis gloriosas
hazañas, me habeis honrado
con el noble distintivo
que gozan vuestros Soldados:
luego Soldado me hicisteis
como ellos; y en este caso
no podeis negarme que hoy
como tal vengue mi agravio.

Carl. Madama, os dí ese uniforme,
por no tener á mi lado
mugeres, ni aun en el trage:
si quisiéreis conservarlo,
y gozar sus privilegios,
como uno de mis Soldados,
haced por no ser muger,
y entonces podeis lograrlo. (*Vase con Pip.*

Isab. Pues si nada han de servirme,
como aquí habeis confesado,
estos gloriosos adornos,
que mis hazañas ganáron,
para nada los estima
mi valor; y así afrentados
baxen hoy á ser trofeos (*Arroja el som-*
de mi altivez, publicando (*brero, y dra-*
que la que nació animosa, (*gonas.*
no ha menester aparatos
marciales para ser hoy
rabia, furia, ira y estrago. *Téndose.*

Rench. Tente, Isabela, y advierte
de qué modo vengo á entrambos.

Isab. Porque el amor no me obligue
á ponerme hoy á tu lado
ultrajando tu valor,
me iré, Renchild, á tu cargo
tomaste el vengar mi honor;
ó muere, ó queda vengado. *Vase.*

Macep. Envidia os pueden tener,
Renchild.

Rench. Eso no es del caso,
Macepa, quando á vengarse
de vos aspira mi brazo:
sabeis que al Rey ofendisteis,
y á mí; dos son los agravios
que hicisteis; así tuvierais
para vengar hoy á entrambos
dos vidas, las dos serian *Riñen.*
desperdicio de mis manos.

Macep. Así verás que quien tuvo
atrevimiento sobrado
para ofenderte, tiene hoy
para hacerte aquí pedazos::-

Rench. Lidia, y calla.

Macep. Callo, y lidio.
Pero ¡ay de mí! Desarmado,
y herido estoy.

Rench. A cobrar
vuelve la espada, Cosako,
que pues tu sangre vertí,
me voy á matar contrarios. *Vase.*

Macep. Espera, que accion tan noble
merece que yo postrado
á tus pies:: pero no, el freno
que pondré á mi amor liviano
desde hoy, dirá lo que pudo
en mí un hecho tan bizarro. *Vase.*

Jardin: salen por una mina Carlos, Piper, un Cosako, y Suecos.

Carl. Pisad quedo, amigos, puesto
que ya en el jardin estamos
de Collovins, y podemos,
guiados de este Cosako
que ha vivido aquí, lograr
esta faccion.

Pip. Temerario
es el arrojo.

Carl. Sí, Piper,
pero útil si le logramos.
Ya Levenup á estas horas
el castillo habrá incendiado
como mandé, pues sin gente,
y aun sin guardia, le dexáron
los enemigos por sola
la vil codicia del saco.
Renchild, si venció, estará
á las puertas aguardando
con el resto de las tropas
el efecto esperanzado
de esta accion. Y pues el Czar
con un ardid nuestro estrago
logró, bien es que otro ardid
nos dexe á todos vengados.

Pip. Muy pocas tropas tenemos,
Señor.

Carl. Por eso apelamose
á la astucia, que no todo

lo han de hacer hoy los Soldados.
Guia, Cosako, á las puertas
de la Ciudad, pues su amparo
nos da la noche.

Pip. Al peligro
su valor nos va guiando. *Vanse.*

Selva, con un monte al frente, y sobre él el castillo, mirado por la parte de la Plaza incendiado, cayendo á tiempos sus ruinas; correrá muralla hácia el otro lado, y en éste se verá la Ciudad de Pultova con puertas grandes; al pie del monte maleza, y en ella emboscados Suecos: en lo alto del monte Levenup, y Suecos; y al pie Isabela y Suecos. Salen Renchild y Macepa.

Rench. Venid, por si es que logró
su arriesgada intencion Carlos.

Isab. ¿Pues qué aun vive este traydor?

Rench. Sí, pero ya está vengado
mi honor, y él arrepentido
de los excesos pasados.

Macep. Sí, Isabela, sí, el heróyco
proceder de tu bizarro
esposo pudo en mí mas,
que la crueldad que usáron
tus ojos conmigo.

Isab. Falta
que lo cumplais.

Macep. Sí. *Leven.* Soldados,
pues ya al rigor de las llamas
se va el castillo arruinando,
aprisa, que en la Ciudad
dicen, si yo no me engaño::-

Dent. voces. Traycion, traycion.

Dentr. Pedr. Moscovitas,
al arma.

Baxan; y Carlos sale abriendo las puertas.

Carl. Suecos, ya Carlos
os da entrada en la Ciudad;
seguidme; vea su estrago
Pultova esta noche, haciendo
que el último y triste llanto
de sus hijos suene hoy
en los montes encumbrados
de la Ucrania, pues confusos,
fugitivos y aterrados,
van ya poblando las calles
de quejas y ayes amargos

Entranse por las puertas. Plaza. Sale el Czar.

Dentr. Pedr. Hijos, valor, pues la patria
os está pidiendo amparo. *Sale.*
¡Válgame Dios! Todo es ya
confusion, todo es espanto
en la Ciudad: con las sombras
de la noche equivocados
los Rusos unos con otros
son de sí mismos estrago.
Tambor, toca á retirar:
pues que sin órden los hallo,
iré á dar disposicion
de recoger mis Soldados;
y unidas todas las tropas,
postraré á este temerario. *Vase.*

Dentr. Carl. No perdoneis una vida.

Salen mugeres con niños, viejos, enfermos á medio vestir rebujados con mantas, y tras ellos Carlos con espada en mano, y una hacha encendida.

Todos. Misericordia, gran Carlos. *De rodillas.*

Carl. Sí la tengo, huid mugeres,
huid caducos ancianos,
que no es vuestra fria sangre
la que busca mi inhumano
rencor: salid de este sitio
espantoso y desgraciado,
donde habitará el furor
que los vuestros excitáron
en mi pecho, hasta que sea
entre lástimas y estragos
esta Ciudad el sepulcro
de sus hijos desdichados.

Viejo. A Dios patria amada: admite
de tus hijos este amargo
llanto, en prueba del dolor
con que tu ruina miramos. *Vanse.*

Carl. Lloradla, sí, acompañad
con vuestra queja el espanto
de aquellos ecos que dicen
por el uno y otro lado::-

Dent. unos. Piedad, Suecos.

Otros. ¡Ay de mí!

Otros. Favor, que nos abrasamos.

Carl. Mientras mis leones van
destruyendo y devorando
crueles quanto las llamas
voraces han perdonado,
diciendo por todas partes::-

Unos. No hay piedad.

Otros. Morid villanos.

Carl. Eso sí, Suecos, no quede

alcazar, que desplomado
no cayga al rigor del fuego,
ni piedra que con espanto
no vea el dia manchada
con la sangre que inhumanos
vertais; pues porque no pueda
enterneceros su llanto,
camina mi ódio implacable
á asistiros y á irritaros. *Vase.*

Dentr. Pedr. Ahora, Rusos.
Dentr. Carl. No huyais, Suecos.

El castillo incendiado, y Ciudad, por cuyas puertas salen Suecos retirándose de los Moscovitas.

Rench. No desalenteis, Soldados,
porque nos retiran. *Mencic.* A ellos.
Pedr. Moscovitas, de vengarnos
es hora, no perdonemos
una vida; con espanto
vea nuestra patria en medio
de su lamentable estrago,
como el valor de sus hijos
hoy triunfa de sus contrarios. *Vase.*

Retiranlos por diferentes partes. Sale por la puerta Carlos, arrastrando, ensangrentado, y la espada rota.

Carl. Suecos::- Suecos::- ¡Ay de mí!
Ya ni aun fuerzas me han dexado
las heridas para ir
á animar á mis Soldados.
¡Qué rabia! Solo me queda
el implacable é inhumano
rencor contra mi enemigo. *Intentando*
Si yo pudiera::- es en vano, *levantarse.*
pues la falta de la sangre::-
pero no::- podrá mas Carlos,
que su flaqueza: ya estoy *Arrimado*
en pie: mas, pese á la mano *á un árbol.*
que en la mejor ocasion
me hizo la espada pedazos::-
Si hallára aquí algun cadáver::-
Dentr. Moscov. A despojarles sú campo.
Carl. Enemigos son: esfuerzo;
de un tronco de estos desgajo
una rama porque pase
á ser guadaña en mi brazo.

Desgaja una rama, cae, y luego lidia, ya de rodillas, ya caido, &c. Salen Moscovitas.

Moscov. Seguidme.
Carl. Tened infames.
Moscov. ¿Quién va?
Carl. ¿Quién ha de ir? Un rayo
que para vuestra ruina
los vapores engendráron
de Suecia.
Moscov. Muera pues,
amigos.
Carl. Así villanos.
Moscov. Cerquémosle.
Car. Sí, cercadme.
Pero ¡ay de mí! *Cae, y le cogen.*
Moscov. Aseguradlo.
Sale Rench. ¡Oh pese á mí! En vano al Rey
y á Isabela voy buscando
con la obscuridad.
Carl. Canalla::-
Rench. ¡Pero qué es lo que reparo!
El Rey es: cobraos, Señor,
mientras consigue mi brazo *Envísteles.*
castigar á estos cobardes.
Moscov. Una furia es; huyamos. *Vanse.*
Rench. Ya huyéron. ¿Estais herido,
Señor?
Carl. Sí; pero lo malo
no es el que me hayan herido.
Rench. ¿Pues qué?
Carl. El que ellos han triunfado.

Salen Piper, Macepa, y Suecos.

Pip. Por aquí amigos.
Rench. ¿Quién va?
Pip. Renchild, ¿qué es del Rey? ¿Acaso
murió en la batalla? *Carl.* No,
pero está muy apretado.
Macep. Pip. ¡Señor!
Rench. No perdamos tiempo.
Por esta parte::-
Dentr. Pedr. Soldados,
seguid el alcance, puesto
que entre ellos va huyendo Carlos.
Carl. Mientes, infame; que si él
tuviera, como has pensado,
pies para huir, no tuviera
tan inútiles las manos.
Pip. Aprisa, Señor.
Carl. ¿A dónde,
Piper, si aun en pie no basto
á tenerme?
Pip. ¡Oh Dios!
Rench. ¡Ah! presto,

Señor, tomad un caballo,
y salvaos por esta parte
con el Príncipe, entretanto
que nosotros recogiendo
los Soldados que podamos,
os vamos siguiendo.
Pip. Sí,
salvad la vida, gran Carlos.
Carl. Vamos, pues estoy tan mal
como en Moscou hace años
se vió el Czar.
Dentr. Pedr. Rusos venid,
por si quedan en el campo
mas Suecos.
Rench. Presto, Señor,
que llegan.
Carl. Príncipe vamos,
que presto nos vengaremos
del Czar, pues vivos quedamos.
Se le llevan Macepa y Suecos.
Pip. ¡Ah gran Rey! No postrarán
tu constancia los trabajos.
Rench. Piper, vos con estos Suecos
huid tambien entretanto
que yo á Isabela::-
Salen el Czar, Isabela y Moscovitas con hachas encendidas, y arma en mano.
Pedr. Tened,
rendid las armas villanos.
Pip. Fuerza será: aquí, Señor,
se teneis.
Rench. ¡Destino infausto!
Isab. ¡Ay Renchild!
Rench. ¡Ay Isabela,
con qué ansias te estoy mirando!
Pedr. No siempre, Suecos, habia
de salir triunfante Carlos:
ya una vez los Moscovitas
sus arrogancias postráron;
y solo siento que se haya
en esta ocasion librado
de mi rigor.
Sale Mencic. Registré
como mandasteis, el campo,
y solo encontré el cadaver
de Fiedfel, indicio claro
de que Carlos y Macepa
su vida huyendo salváron.
Pedr. Pese á mí, que de un traydor
solamente me vengáron
los Cielos.
Sale Coll. Señor, aprisa,
que Carlos en un caballo
con Macepa, Levenup,
y una tropa de Soldados
Suecos, hácia las fronteras
de Turquía caminando
van.
Pedr. ¡Qué dices! Mencicof,
recoge las tropas, vamos
en su seguimiento aprisa;
pues si alcanzarle logramos,
yo haré que en Pultova quede
nuestro nombre eternizado.
Tú, Collovins, en la Plaza
puedes quedar con el cargo
de estos prisioneros. Vos,
Madama, con gran regalo
sereis tratada; que aunque
ya mi corazon hidalgo
os pagó quanto os debia,
mereceis este agasajo
por vuestro valor.
Isab. De vos
nunca esperé lo contrario.
Rench. ¡Triste scena!
Pip. Fin funesto
tuviéron sus atentados.
Pedr. Vamos, porque Suecia llore
eternamente el estrago
de su Rey, y vea el fin
miserable y desgraciado
Todos. Que tiene el sitio de Pultova
por el invencible Carlos.

FIN.